

EL CIELO LLORABA SANGRE

SILVER KANE


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

237 — Maullidos en la noche, *Ralph Barby*.
238 — Los niños del cementerio, *Curtis Garland*.
239 — El monasterio perdido, *Ralph Barby*.
240 — Diabólicamente tuya, tía Louise, *Kelltom McIntire*.
241 — Anoche salí de la tumba, *Curtis Garland*.

SILVER KANE

EL CIELO LLORABA SANGRE

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 242
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 29.955 - 1977
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: octubre, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

INTRODUCCION

Callaghan descolgó el teléfono y escuchó con paciencia la voz algo áspera que se oía al otro lado del hilo. Era una voz un poco vibrante, tensa, una de esas voces, en fin, que suenan en el momento de las broncas.

—Quiero resultados, Callaghan —dijo la voz—. ¡Resultados! ¡Eso es lo único que me importa! ¿Entiendes?

Callaghan paseó su mirada por el frío despacho principal de la policía de Westboro, en el golfo de México. Más allá lucía el sol y el aire era risueño, pero el despacho parecía inhóspito. Claro que algunas de las viejas casas de la costa también eran inhóspitas y hasta daban por las noches una oscura sensación de miedo.

—Sí, jefe —dijo resignadamente.

—¡Resultados!

—Claro que sí, jefe.

—Si no los consigues, te las vas a tener que ver conmigo.

—Todo eso lo acepto, jefe. Estoy de acuerdo. Al fin y al cabo me pagan para que aguante a personas como tú.

—¿Cuántos casos quedan por resolver en tu demarcación?

—Unos siete. Es una temporada tranquila.

—Déjalos en otras manos. Quiero que sigas exclusivamente mis órdenes. No estás aquí para comerte la sopa boba.

Callaghan estuvo a punto de soltar una maldición, porque él pensaba no haber comido la sopa boba nunca, pero al fin no quiso complicar las cosas y volvió a decir con la misma voz resignada:

—Sí, jefe.

—Entonces vigila bien. No quiero que nada sea dejado al azar. Se avecinan tiempos malos y Westboro tiene que ser una ciudad perfectamente controlada.

Callaghan, uno de los tenientes más jóvenes de la policía de todo el país, dijo con voz opaca:

—Lo he entendido perfectamente.

Y colgó.

No le gustaba la voz que acababa de oír al otro lado del teléfono. No le parecía ni natural ni lógica.

Incluso le inspiraba la oscura sensación de que no procedía de la garganta de la persona a la que él conocía bien.

Miró en torno suyo y se encogió de hombros.

Pero seguía sin poder dominar aquella oscura —inexplicable— sensación de desorientación y de miedo.

Se puso en pie.

CAPITULO PRIMERO

Todo empezó de aquella manera increíble.

El día era brumoso, pesado, pero sin embargo las aguas del golfo de México brillaban en la lejanía con un límpido azul, lo cual indicaba que el horizonte iba a despejarse pronto. La emisora local acababa de radiar un boletín meteorológico con la siguiente novedad: «Presión atmosférica, 770 milímetros, subiendo.» El tiempo sería espléndido dentro de media hora.

Quizá por eso, Murray eligió su descapotable, un «Mercedes» de importación recién adquirido, dejando el «Ford» berlina para un día menos agradable. Se puso al volante, lo condujo a poca velocidad por las tranquilas calles de la urbanización Golden Sea y detuvo el morro rojo del bólido ante una de las casas más ricas y agradables de la costa.

Nada hacía pensar en el miedo, nada hacía pensar en el terror, nada hacía pensar en los cadáveres desenterrados ni en los muertos que vuelven. En aquel ambiente de millonarios, con un día que se iba haciendo espléndido, el mar al fondo y un «Mercedes» descapotable rojo entre las manos, ¿quién diablos va a pensar en un ataúd?

Y Murray no pensaba en un ataúd, desde luego, sino en las piernas de Lorna, que de un momento a otro aparecería en la amplia balconada de estilo colonial.

En efecto, aquellas piernas espléndidas, esculturales, compactas, aparecieron poco después sosteniendo el resto de la arquitectura de su dueña, arquitectura que consistía en unas caderas de «agárrame bien», unos pechos capaces de frenar un tanque, unos labios ligeramente lascivos y unos ojos inocentes y dulces. Añádase a todo esto un buen vestuario y algo de imaginación, y uno ya no necesita comprarse el Play-Boy en tres meses

En aquel momento, Murray parecía precisamente un anuncio del Play-Boy: juventud, buena musculatura, salud y un descapotable rojo junto a una residencia de gran lujo en la que aguardaba una chica bonita. Sólo fallaba una de esas frases idiotas que tratan de sugestionar al lector diciendo, por ejemplo: «Todo esto se consigue bebiendo whisky Teachers.»

Frases que hacen marchar al mundo.

—¿Vas a bajar en seguida, Lorna? —preguntó Murray desde abajo.

—Sí. ¿Saldremos a navegar hoy?

—No. Como el tiempo aún está un poco inseguro, me gustaría más dar una vuelta en el coche y comer en cualquier sitio.

—De acuerdo, John. En seguida estoy contigo.

La chica se puso encima de los levísimos «shorts» una falda que hacía juego con la blusa y corrió hacia el descapotable. Unos minutos después bordeaban uno de los pequeños acantilados de la costa, por una carretera estrecha y sinuosa, casi cortada a pico sobre el mar, en cuyo silencio majestuoso no se oía más que el graznido de las gaviotas y los albatros.

A lo lejos, un petrolero se disponía a bordear la lejana península de Florida, buscando quizá el puerto de Tampa. Mas junto a la línea de la costa, una pequeña flota de veleros deportivos seguía a otro velero más grande y que parecía arrancado de una estampa del siglo XVIII. Todo respiraba paz.

La propia Lorna, que llevaba tiempo viendo aquellas maravillas y ya no hubiera debido extasiarse, murmuró:

—¡Qué espléndido es vivir así! ¡Qué maravillosa puede ser la vida a veces! ¡Qué infinitamente maravillosa!

Y entonces vieron los pájaros negros.

Docenas de ellos.

Enormes.

Surgían de todas partes.

De detrás de los árboles que bordeaban el camino.

De los flancos de la carretera.

De extraños rincones del aire.

Era algo inexplicable, era algo que no tenía sentido, porque de repente aquellos bichos se habían enseñoreado del espacio. Lo llenaban todo. Surgiendo en oleadas por delante suyo, algunos chocaban con sus alas asquerosas contra el parabrisas, otros contra los cristales laterales y un par de ellos rozaron el pelo rubio de Lorna. La muchacha tuvo que llevarse las manos a la cabeza mientras lanzaba un grito de horror.

John Murray pisó a fondo el freno, agitó los brazos espasmódicamente para alejar a los pájaros y movió el resorte que hacía encajar automáticamente la capota, convirtiendo el «Mercedes» en un coche cerrado. Pero, inexplicablemente, el resorte no funcionó.

La muchacha gimió:

—Dios mío...

Por fortuna, los pajarracos se habían alejado un poco. Ahora formaban un grupo compacto y amenazador al fondo de la carretera solitaria, pero en cualquier momento podían volver. Murray los miró con ojos desencajados.

—Son buitres —balbució.

—No lo entiendo —susurró Lorna—. En el tiempo que llevo viviendo aquí, no había visto ninguno. Los buitres no aparecen nunca por esta tierra.

—Los buitres pueden aparecer en cualquier sitio —balbució Murray—, pero en esta cantidad... No, no tiene sentido. Aquí pasa algo.

—¿Y qué puede pasar, John?

—No lo sé ni me importa. Vamos a volver.

—No podemos, John. Si maniobras en esta carretera tan estrecha y los buitres se nos echan de pronto encima, iremos a parar al agua porque perderás el control. Tampoco podemos hacer marcha atrás. Veo más buitres acechando al otro lado de la curva.

—¡Infiernos! ¿Pues, entonces, qué?

Murray estaba a punto de perder los nervios.

—Da gas —aconsejó ella— Toda la velocidad. No podrán seguirnos y en

un par de minutos los tendremos bien lejos. Todo habrá sido una sucia pesadilla.

—De acuerdo —masculló él—. Es lo mejor.

Y pisó el embrague. Primera. Gas hasta el fondo.

—¡Vamos!

Se lanzaron contra los buitres que ocupaban la estrecha carretera, pero entonces ocurrió lo más alucinante. Entonces vieron que varios de aquellos animales se alzaban en vuelo ¡llevando en sus picos una cabeza humana!

¡Una cabeza medio deshecha!

¡Pero que goteaba sangre!

Aquella visión de pesadilla, de infierno, de aquelarre, se abatió sobre ellos en cuestión de segundos, dada la velocidad a que rodaban. Pero aquella velocidad no fue suficiente para evitar que durante un tiempo que les pareció interminable, los buitres y la cabeza sangrante estuvieran flotando sobre los dos en el coche sin techo. Una pequeña nube roja se abatió sobre sus caras.

Lorna chilló espasmódicamente.

Todo su cuerpo se contorsionó.

Estuvo a punto de salir despedida por un lado del coche.

John Murray había perdido casi el control del vehículo, pero hizo un hábil zig-zag y consiguió enderezarlo en la peligrosa carretera. Se dio entonces cuenta de que el parabrisas se iba volviendo rojo.

La sangre caía sobre él.

¡Sangre del cielo!

¡Sangre que se había transformado en lluvia!

Con los ojos desencajados, pero queriendo conservar todavía un resto de serenidad, hizo funcionar los limpiaparabrisas e inyectó líquido limpiador a las escobillas. El siniestro color rojo desapareció casi instantáneamente, pero los buitres seguían flotando por todas partes. Llenaban el aire.

Por fortuna, los más repulsivos, los que llevaban la cabeza, ya habían quedado un poco atrás. Murray hizo otro zig-zag, tomó la curva, lo mejor que supo y entonces vio lo que no hubiera imaginado nunca.

Los buitres estaban arrastrando los restos de un cadáver con las ropas hechas jirones. Lo picoteaban por todas partes. Lo deshacían. En aquel momento ocupaban por completo el centro de la carretera.

Al ver que el coche venía lanzado, desaparecieron.

Murray lanzó algo que parecía un grito de agonía.

Porque los restos humanos —el cuerpo sin cabeza— habían quedado abandonados en el asfalto. Ya no podía frenar. Las ruedas pasaron sobre ellos mientras en el «Mercedes» se producía un balanceo siniestro.

Lorna gritó, enloquecida:

—¡Noooo!

Se había llevado de nuevo las manos a la cabeza. No miraba ni veía. De una forma maquinal, Murray volvió a frenar.

Fue peor.

Porque los buitres con la cabeza volvían.

Ya estaban encima otra vez.

Durante unos segundos que parecían eternos quedaron flotando en el cielo, justo sobre el descapotable, sosteniendo en el aire la cabeza.

John Murray y Lorna Fields lo miraban.

Parecían hipnotizados.

Sus ojos se habían desencajado.

Una especie de ronquido partía de sus bocas.

Pero, curiosamente, el que tenía los ojos más desencajados era el hombre, aquel hombre joven y fuerte que parecía arrancado de un anuncio del Play-Boy.

Le faltaban fuerzas incluso para meter de nuevo una marcha y salir disparado. Le faltaban fuerzas para moverse, para chillar.

La cabeza estaba suspendida sobre ellos en una especie de exhibición diabólica y siniestra.

Y, de pronto, ocurrió lo más inexplicable, lo más satánico.

Porque los buitres soltaron la cabeza.

Y ésta cayó sobre ellos. Cayó... ¡Cayó!

Rodó de una forma macabra sobre la falda de Lorna, deslizándose luego junto a los pedales del coche. Lorna, mientras se llevaba las manos a la cara como una enloquecida, chilló desesperadamente, chilló hasta ahogarse, hasta tener la sensación de que moría, mientras Murray, con los ojos fascinados, sentía que al fin se disparaban sus músculos. Quizá fue el propio horror lo que le dio fuerzas, pero sólo entonces pudo meter de nuevo una marcha y salir. El «Mercedes» rojo que ya estaba lleno de manchas más rojas aún, dio un terrible bandazo como si fuera a salirse de la carretera.

Los buitres seguían llenándolo todo, pero de pronto desaparecieron como si en el cielo se hubiese dibujado un conjuro mágico. Instantáneamente salieron despedidos en todas direcciones. Pero aun así, a pesar de tener el terreno despejado, Murray siguió dando gas como un poseído y patinó en la primera curva, girando sobre sí mismo y estando a punto de estrellarse. El sonido penetró entonces también en su cabeza, aturdiéndole, enloqueciéndole como había enloquecido a los buitres antes de hacerlos desaparecer. Sólo entonces Murray se atrevió a frenar.

Porque sólo entonces se había dado cuenta de que aquel aullido estridente era el de las sirenas de la policía.

CAPITULO II

Generalmente, los pequeños departamentos policiales del golfo de México suelen ser un paraíso para el «personal de tierra». Los encargados de las patrullas marítimas tienen que vigilar el contrabando y la inmigración ilegal, aparte de perseguir algunos barcos don-de se practica descaradamente la trata de blancas. Pero los de tierra son gente que suele vivir bien. Alguna estafa inmobiliaria, alguna reyerta, algún asesinato, algún delito sexual en el que a veces no se sabe quién es el agresor y quién es la víctima Cosas muy distintas de Nueva York o Washington o Los Angeles, donde un policía se llena de basura hasta el cuello desde el mismo momento en que le cuelgan la chapa.

Por eso, John Murray había sentido que se le iban calmando poco a poco los nervios al cabo de un tiempo de aguardar en aquel recinto soleado, apacible, desde el cual se veía la línea suave de la costa. Los policías de aquel lugar, en gran parte femeninos, se limitaban a archivar fichas en lugar de perseguir a la gente a tiros por las calles. Era una delicia.

Incluso podía decirse que el teniente Callaghan no parecía un poli. Muy joven para ocupar aquel cargo, fuerte y alto, parecía, sin embargo, un profesor universitario despistado que hubiese caído por allí a causa de algún lamentable error del que pronto se arrepentiría.

No vestía deportivamente, como Murray, sino con cierta severidad. Y es que una cosa es ser poli y otra ser millonario, como muy bien saben todas las chicas parecidas a Lorna Fields.

Callaghan se acercó a él a través de la amplia habitación soleada.

—¿Quiere acompañarme, señor Murray?

El despacho en que entraron era también acogedor, soleado. De no ser por un retrato del presidente Carter, aquello no hubiera parecido de ningún modo un despacho oficial. Callaghan le ofreció cigarrillos y musitó:

—La razón de que hable a solas con usted, señor Murray, está en que a la señorita Fields la están observando después de su fuerte shock nervioso. Usted se ha repuesto mucho antes, pero a ella ha habido que darle una inyección y esperamos sus efectos. De todos modos —se anticipó—, no tema porque no le va a ocurrir nada.

—Eso... eso espero. En cuanto a lo de que estoy recuperado, no lo crea. Aún me tiemblan los dedos.

Era verdad. Le costaba incluso prender fuego al cigarrillo. .

—Dos de nuestros patrulleros —dijo Callaghan, mientras le sonreía alentadoramente— dos de nuestros motoristas, les encontraron hace poco en aquella situación increíble, con el coche cruzado en la carretera y a punto de provocar un accidente mortal. ¿Sabe qué fue lo primero que pensaron? Que eran un par de borrachos y que había que enchironarles en seguida. Pero la visión de aquella cabeza les... Bueno, no sé cómo explicarlo. Dicen que ha sido una de las cosas más terroríficas con las que se han encontrado en su

vida.

Murray tragó el humo con demasiado fuerza, tosió y tuvo un espasmo.

—No era sólo la cabeza. Era el cuerpo entero, eran los buitres, era... —gimió.

—Sí, ya sé —le cortó Callaghan—. Trataré de explicarlo. Todo esto tiene un aspecto increíble a primera vista, pero cuando empezamos a analizarlo aparece la lógica. Los buitres van en grandes cantidades adonde hay carroña, de modo que su presencia no debe parecemos tan extraña.

—Eso mismo le dije a Lorna —murmuró Murray—. Que esos bichos salen de donde menos se piensa.

—Bueno... Partiendo de esta base, no debe extrañarle que se juntara toda aquella infesta tropa. En cuanto al cadáver medio deshecho, lo habían ido picoteando hasta dejarlo como ustedes lo vieron. Lo de la cabeza fue..., bueno, ¿cómo explicarlo?... Los buitres se disputan a veces piezas en el aire. Cayó cuando estaban ustedes debajo. Si en vez de un descapotable lleva usted un coche cubierto, ni se entera.

—Creo que voy a vendérmelo —dijo sombríamente Murray.

—No lo haga. Es un magnífico coche, y éste es uno de los lugares del planeta donde mejor se puede disfrutar de un bólido de esa clase. Además, no le volverá a ocurrir. Yo estuve durante un tiempo investigando en agencias de seguros, para descubrir estafas y accidentes falsos, y llegué a familiarizarme con las leyes de los grandes números, es decir, las probabilidades matemáticas que hay de que una cosa ocurra. ¿Sabe qué posibilidad existe de que una cosa parecida le suceda otra vez? ¡Pues una posibilidad partida por muchos millones de años! ¡Ya sería chiripa, vamos!

Y sin transición, preguntó velozmente:

—¿A qué se dedica usted, señor Murray?

Murray sonrió.

—Justamente a algo que tiene mucho que ver con la ley de probabilidades —dijo.

—¿Es un matemático?

—No, soy un agente de seguros, y por esto estoy de acuerdo en lo que ha dicho usted: no me volverá a suceder. De todos modos, ahora no trabajo porque he acumulado las vacaciones de dos años y pienso descansar una larga temporada. Estaba agotado después de unos años demasiado intensos, ¿sabe? Dos meses de ocio me vendrán bien.

—Sí, ya sé que tiene alquilada La Corniche, una magnífica casa desde la que se domina medio golfo de México. Al entregar su documentación lo he visto. Por cierto, tome el permiso de conducir que le pidieron en el primer momento. Ya no lo necesitamos.

Se lo pasó a través de la mesa mientras volvía a preguntar rápidamente:

—¿Para qué compañía trabaja, señor Murray?

—Para ninguna en concreto y para todas. Soy agente libre, pero suelo dedicarme a barcos y a fletes. Buen negocio.

—¿Y la señorita Fields? ¿A qué se dedica?

—¿No lo sabe, teniente?

—Bueno... Sé que es una rica heredera, pero me gustaría saber si aparte de eso hace algo.

—Claro que hace.

—¿Qué?

—Vivir.

Callaghan sonrió.

—Es el oficio más fascinante que conozco —dijo.

Y fue a ponerse en pie, como si diera por terminada la entrevista. En efecto, después de devolverle a Murray el permiso de conducir y de darle explicaciones, ¿qué más faltaba? Bueno, quizá faltaba todo, o al menos eso pensaba Murray. Porque musitó:

—Hay algo que no me ha explicado, teniente.

—¿Qué?

—El cadáver. ¿De dónde había salido? Ahora, en primavera, esto no se llena tanto como en verano, pero de lo contrario lo que me ha sucedido a mí se hubiese comentado en toda la costa. ¿Sabe que no entiendo nada? ¿Han hecho ya la autopsia a aquellos restos? ¿Quién era el muerto? ¿De dónde salió?

Las jóvenes facciones de Callaghan dibujaron una línea de preocupación.

—Hemos hecho la autopsia —musitó—. Era un hombre que llevaba unos tres días muerto.

—¿Tres días? Entonces, ¿cómo sangraba todavía la cabeza?

Los ojos de Callaghan se enturbiaron un momento.

—Eso es lo que no entiendo, señor Murray —dijo, con voz tensa.

—¡Le juro que sangraba, maldita sea! ¡No le estoy mintiendo! ¡Nuestras ropas no llegaron a ensuciarse, pero el coche sí! ¡Puede verlo!

—El coche ha sido limpiado por mis hombres, señor Murray.

Murray le miró desconcertado.

—¿Por qué lo han limpiado, señor Callaghan? —farfulló.

—Porque debía hacerse así. No íbamos a entregárselo en aquel estado.

—¿No me está ocultando nada, teniente?

—¿Qué cree que le puedo ocultar?

—Al menos me creerá —dijo Murray, excitándose—, ¡Al menos estará de acuerdo conmigo en que había manchas de sangre!

—Por supuesto que sí —dijo el teniente—. Naturalmente que le creo. Lo único que digo es que me parece inexplicable que esa cabeza pudiera sangrar aún.

—¡Pues lo hacía!

—He pedido al forense que haga un informe especial —dijo Callaghan, conciliadoramente— de modo que más vale olvidar eso. Comprendo que ha sido un mal trago, pero trate de sacudírselo de encima, Murray. Ya sabe que no volverá a suceder.

Y fue a acompañarle hacia la puerta, pero el joven se resistió.

—No me ha explicado aún quién era el muerto, teniente —dijo en un susurro.

—No lo sabemos. No llevaba documentos encima, pero la policía lo averiguará. Interrogará a todo el mundo.

Y preguntó con un hilo de voz, mirándole a los ojos:

—¿Usted sabe algo, Murray?

—¿Qué quiere decir?

—Que si lo conocía.

—¿Por qué me pregunta eso, teniente?

—No sé. Me ha parecido notar... En fin, como si usted quisiera decirme algo.

Los ojos de Murray se enturbiaron.

—No, no quería decirle nada. Sólo que a veces todas las cabezas cortadas se parecen, teniente. Sólo eso.

Y fue a salir. Pero cuando ya estaba en la puerta, el teniente le dijo con una sonrisa:

—¿Sabe que quizá sea una maldición, Murray?

—¿Qué?

—Eso: una maldición.

—Pero ¿precisamente contra mí? ¿Y por qué?

—Porque vive usted en La Corniche.

—¿Y eso qué tiene que ver? —musitó él, mientras el sol le hacía daño hasta el fondo de los ojos.

—Se la dejaron muy barata, ¿verdad? —preguntó Callaghan.

—Pues... pues sí. El precio del alquiler era muy razonable. Pero eso ¿qué tiene que ver con...?

—¿No preguntó por qué estaba deshabitada, pese a tener un precio más bajo que el de otras casas peores? —musitó el teniente.

—No, claro que no lo pregunté. ¿Por qué había de hacerlo? Pensé que era una oportunidad.

—Pues todo tiene su lógica —explicó Callaghan, en voz baja—. En el sitio donde está ahora La Corniche existió en otro tiempo un antro de brujas que fueron linchadas por el pueblo, después de unos extraños crímenes que se cometieron aquí. Le estoy hablando de principios del siglo pasado, ya ve... Nadie se hubiera acordado de eso, cuando muchos años más tarde se edificó La Corniche, de no ser porque ocurrieron una serie de crímenes que tampoco tenían demasiado sentido. Fue por los años treinta, de modo que usted ni siquiera había nacido. También eso se hubiera olvidado de no haber desaparecido de una forma inexplicable los dueños de la casa, hace ya unos cinco años, sin que se haya vuelto a saber de ellos. Desde entonces la alquila un administrador, pero en la temporada baja no siempre encuentra quien la quiera-. Hay quien habla de que la maldición persigue a los que entran en esa casa.

Murray tragó saliva.

Le dolían levemente las sienes.

—Supongo que todo esto es una broma —dijo.

—No, no es una broma, aunque tampoco puedo tomarlo en serio. Simplemente le explico lo que se cuenta por ahí. Y si me he acordado ahora, es porque lo que le ha ocurrido a usted resulta totalmente inexplicable. Parece una maldición.

Y cerró la puerta poco a poco.

Murray quedó fuera, en un vestíbulo descubierto, recibiendo los rayos del sol.

Pero jamás el sol le había parecido tan rojo y tan sangriento.

CAPITULO III

En efecto, el «Mercedes» estaba limpio y reluciente otra vez. No se sabía si los policías del condado de Westboro eran eficaces, pero desde luego hubieran merecido sobresaliente en una estación de servicio.

Como si quisieran borrar hasta el recuerdo de aquella inexplicable tragedia, habían limpiado y bruñido la carrocería hasta dejarla hecha una maravilla. También el tapizado de piel y las alfombrillas del suelo parecían recién salidas de ¡a fábrica. El «Mercedes» relucía.

Eso hizo disminuir las aprensiones de John Murray mientras se sentaba de nuevo ante el volante y conducía a poca velocidad hacia uno de los sitios de privilegio del condado, hacia La Corniche. Por fortuna, la carretera estaba despejada y ya no se veía en el cielo no un buitre, sino ni siquiera un solo pájaro.

La casa, edificada en un saliente, tenía ese aire un poco demodée de los años treinta, la época en que fue construida, pero sin embargo volvía a estar de actualidad, como están de actualidad los atuendos de la época de Chamberlain y los coches «Bugatti» anteriores a la guerra mundial. De sus salones orientados al mar, de sus terrazas y de sus columnas se desprendía un señorío que hoy las casas no tienen. Y menos en la adocenada Norteamérica.

Una casa como aquélla resultaba excesiva, desde luego, para un hombre solo. El hecho de que John Murray la tuviese había que interpretarlo como un capricho de millonario, como una originalidad de un hombre que había llegado ya en su juventud a un alto grado de éxito profesional y que, además, probablemente, tenía dinero procedente de su familia. Porque en este mundo los milagros no existen.

Tras dejar el «Mercedes» en el garaje que se abría electrónicamente, subió por los peldaños de piedra a la terraza que daba sobre el mar. Los gestos de Murray eran preocupados, lentos, como si de pronto aquel cuerpo joven hubiera perdido gran parte de su vigor. Fue a entrar y, de pronto, se dio cuenta de que la puerta estaba abierta.

Tuvo un estremecimiento.

¿Ladrones?

No, eso no era posible, porque de lo contrario hubiera funcionado el sistema de alarma conectado con el puesto de vigilancia que pagaban todos los dueños de la urbanización. La persona que había entrado allí lo había hecho usando una llave auténtica. Pero, ¿quién la tenía?

Sólo una persona.

Pero John Murray no había pensado en ella porque no creía que las cosas estuvieran aún lo bastante maduras para verla allí. No se atrevía a soñar en tanto.

Sin embargo, era cierto.

La vio desde los cristales del salón.

Posición descuidada.
Enseñando las piernas hasta arriba.
Busto agitado.
Vestido liviano, de los que se quitan en un momento.
Era una diosa hecha para el amor y que parecía haber llegado allí, usando la llave de la casa, precisamente para hacerlo.
Cuando Lorna Fields vio a Murray, se precipitó en sus brazos.
Tenía los ojos turbios.
Estaba ansiosa.
Parecía pedir con los ojos que le quitaran el vestido para no tener la molestia de quitárselo ella misma.
Pero John Murray sabía que no era exactamente eso. Sabía que detrás de aquella inesperada visita y de aquella ansiedad, latía una sola cosa: el miedo.
—Perdona que haya usado la llave que me diste —musitó Lorna—, pero no sabía cuánto tiempo ibas a estar en la policía y necesitaba verte.
—No lo entiendo. La misma policía me ha dicho que te habían puesto una inyección y que te estabas recuperando,.
—La inyección no me ha servido de nada. Estaba más nerviosa cada vez y al fin me han dejado marchar.
—Pues has tenido una gran idea al venir aquí, Lorna. Yo también necesitaba hablar contigo... Ah... Ya te dije que la llave podría resultarte útil alguna vez. Te la di con buena intención. En cualquier circunstancia, siempre tenías a tu disposición la casa.
—No digas tonterías, John. Tú me la diste con la esperanza de que algún día me decidiera. Me la diste por si algún día me ponía cachonda.
—Bueno... También eso.
Y la besó. Le buscó las curvas, pero ella no colaboraba. Estaba preocupada por algo muy distinto, muy lejano, por algo que no la dejaba vivir.
—John, necesito que hablemos —dijo.
—Y yo también. Los dos hemos pensado lo mismo. ¿Quieres volver a sentarte y te preparo un whisky?
—Me lo he preparado yo antes.
—Pues no te ha animado nada, Lorna.
—John, estoy asustada —dijo ella, retrocediendo un poco y chocando casi con el diván de piel.
—Después de lo sucedido, no hay para menos, pero la policía me ha convencido de que todo había sido un estúpido accidente.
—Unos buitres que picotean un cadáver, claro. Incluso es natural, ¿no? Puede pasar en cualquier sitio, incluso en las carreteras turísticas de Louisiana. No tiene por qué pasar sólo en la India.
—Es verdad —susurró él.
—Pero ¿y el muerto? ¿Qué te han dicho del muerto?
—¿Por qué?
Ella se sirvió ansiosamente un chorro de whisky, un excesivo chorro de

whisky. Se llevó de una forma insegura el vaso a la boca.

Al fin miró a los ojos a Murray.

—Incluso en aquel momento de horror he tenido la sensación de que lo conocías, John —dijo, quedamente.

—Yo también. Lo he hablado con el teniente Callaghan incluso. ¿Cuál ha sido la frase? Ah, sí... «Todas las cabezas cortadas se parecen.» Pero no puedo estar seguro de nada, absolutamente de nada.

—¿Le han hecho la autopsia?

—Sí. Una cosa rápida.

—¿Y qué dicen?

—Que debía llevar muerto un par de días.

—Imposible, John.

—¿Lo dices por la sangre?

—Claro que lo digo por la sangre. Alguien que llevase dos días muerto no cho...chorrearía de aquella manera.

—Reconozco que también he pensado en eso —murmuró él, mientras se servía igualmente con manos inseguras un chorro de whisky— y hasta he hablado con Callaghan, pero sin llegar a ninguna conclusión. El dice que no lo entiende y que pedirá más datos sobre eso, pero que debe haber alguna explicación sencilla. La verdad es que no había querido pensar más en eso, ¿sabes,

Lorna? Todo lo que ha ocurrido no es, al fin y al cabo, más que una estúpida pesadilla. Me molesta que hablemos de eso.

Se sentó a su lado y trató de besarla otra vez, pero Lorna Fields estaba esquiva, distante. El miedo seguía palpitando en sus ojos. Había en sus labios un temblor cada vez más intenso y que se iba haciendo obsesionante.

—Hay otra razón para no creerlo, John —musitó—. Ese hombre llevaba muerto mucho más tiempo.

—¿Cuánto?

—Dieciocho meses.

Ahora fue todo el cuerpo de Murray el que sufrió una crispación. Estuvo a punto de saltar de su asiento.

—Pe...pero ¿qué dices, Lorna?

—Llevo mucho tiempo aquí, John —silabeó ella, con voz ausente, lejana —. Te he estado esperando rato y rato.

—¿Y qué?

—He tenido tiempo para entrar en la biblioteca. Hay colecciones de periódicos en ella. El propietario de esta casa, o quizá el administrador, son suscriptores, parece, del Los Angeles Times. Y por pura casualidad he visto esto en uno de los ejemplares. Acompáñame, por favor. Mira.

Le condujo en silencio hasta la enorme biblioteca, una lujosa habitación de las que hoy no se construyen va. Docenas de volúmenes encuadernados en piel y correspondientes a otros tantos años de Los Angeles Times, llenaban las estanterías. La muchacha tomó uno de aquellos volúmenes con manos

inseguras.

Y mostró lo que había visto antes.

Era el retrato de un hombre de media edad.

El titular decía:

«EL MILLONARIO TED BUCLER, EXTRAÑAMENTE DESAPARECIDO.»

La fecha del periódico era justamente la de dieciocho meses atrás.

Pero Murray quizá no llegó a leerla.

Sus ojos estaban obsesionados tan sólo por aquella cara.

La recordaba perfectamente. La había visto poco antes.

Muy cambiada, muy destrozada, muy deshecha.

Pero era la misma. La misma que los buitres desplomaron sobre su cabeza... ¡La misma!

CAPITULO IV

Callaghan acababa de entrar en su despacho cuando el teléfono sonó insistentemente. Lo descolgó con un gesto cansado, mientras susurraba:

—¿Sí?

Y en seguida añadió, con voz más respetuosa:

—Sí, jefe.

—Me gustaría saber cuáles han sido sus últimas actividades —dijo la voz algo ronca, al otro lado del hilo.

—Pues... En fin, he trabajado cuidadosamente en todo. No creo que tengas ninguna crítica que hacerme.

—¿Eso te parece?

—¡Claro que me lo parece!

Callaghan se estaba poniendo nervioso. No sabía lo que le pasaba, aunque quizá era la atmósfera opresiva y extraña que se estaba respirando en la ciudad esa mañana. Como si el aire estuviera cargado de electricidad y, esa electricidad penetrara poco a poco en el cerebro de los hombres.

Pero esas cosas suelen pasar en la zona de los ciclones. Él lo sabía. Cosas inexplicables que ocurren en una zona donde aún se acumulan los misterios, como el fantástico misterio del Triángulo de las Bermudas. Cosas que quizá en otro sitio no ocurrirían jamás, puesto que allí se tiene a veces la oscura sensación de que ha dado marcha atrás el tiempo.

Pero disipó aquellos pensamientos con un gesto de cabeza. Tenía que prestar atención a la voz del jefe.

—Trabajo sin cesar —musitó—. Estoy todo el día arriba y abajo, y cuando no estoy arriba o abajo se me puede encontrar en la oficina. Aunque sea a altas horas de la noche, maldita sea.

—Pues me parece que tú y yo vamos a tener un buen choque, Callaghan —dijo la voz, con un tono agrio.

—El hecho de que hayas obtenido todos los diplomas y superado todos los test de inteligencia, el hecho de que seas el jefe de policía más joven de Estados Unidos, no te autoriza a hablarme así —susurró Callaghan—. En todos los misterios de esta maldita ciudad estoy haciendo lo que puedo.

—¡No me interesa! ¡Tienes que poder más! ¡Lo único que en este momento necesito es eficacia, eficacia y eficacia!

Callaghan no quiso seguir más Estaba ya harto de oír aquella voz.

Colgó el teléfono mientras se dejaba envolver otra vez por aquella sensación de lo inexplicable.

CAPITULO V

John Murray dejó su «Ford» berlina de discreto color azul en la esquina de las calles Gost y Providence, y anduvo hasta el puesto de venta de periódicos que estaba junto a la entrada de uno de los grandes almacenes de la cadena Woolworth's. Desde que dos días antes le ocurrió lo de los buitres en la carretera, no usaba el descapotable ni veía cercana la fecha en que se atrevería a usarlo de nuevo. Hay cosas que a uno se le meten en el alma.

Compró la revista Time y la francesa L'Express, echó un vistazo a los periódicos del día y se decidió por el Mobile News y el Washington Post. Con todo aquello bajo el brazo, entró en los almacenes.

Quería echar un vistazo, sólo para orientarse, a la sección de perfumería cara. Había encargado un ramo de flores para Lorna, y le pareció que con una botellita de auténtico perfume francés quedaría mucho mejor. En realidad, deseaba hacer algo para ayudarla a olvidar el mal trago del otro día.

Claro que era difícil elegir. Lorna Fields, hija de millonarios y nieta de millonarios, tenía todo lo que una muchacha puede desear. En el garaje de su casa, con tres sirvientes, había nada menos que un «Rolls», aunque a la muchacha le gustase más pasearse con un «Ford» campero. Podía ponerse encima los mejores vestidos, las más caras joyas y los perfumes más selectos. Si él interpretaba mal sus gustos, el remedio podía ser peor que la enfermedad.

Se decidió al fin por un «Rochas» y pidió que lo llevaran a la floristería para unirlo al ramo. Luego compró también un paquete de cigarrillos, echó un vistazo distraído a los géneros y fue a salir.

Fue entonces cuando la distinguió.

No tenía nada de especial.

Era una mujer ni guapa ni fea, ni estridente ni discreta. Una de esas mujeres a las que uno no seguiría tal vez por la calle, pero con las que se liaría gustosamente una, dos y hasta tres veces. Debía tener unos treinta años, la tez blanca, el pelo negro y suelto, las piernas bien formadas. Vestía prendas caras. Se adivinaba en ella a la mujer de dinero, pero que no quiere demostrarlo.

Nadie la miraba de una forma especial. Ya se acaba de decir que no era una de esas tías que salen al portal y arman una revolución en la calle.

Pero John Murray sí que la miraba.

Estaba completamente hipnotizado.

Dio la vuelta a uno de los stands y tropezó con la dependienta. La boca se le abría. Notó que la mujer salía de los almacenes y se perdía entre el apacible tráfico de la calle Providence.

La siguió.

Sí, estaba seguro de que era ella.

A John Murray le costaba respirar.

Por un momento creyó haberla perdido de vista, pero Westboro es una ciudad residencial donde la gente no se apretuja. La distinguió poco después. Iba hacia la mejor relojería de la calle Gost.

La vio entrar.

John Murray se situó cerca de la puerta.

Sus nervios vibraban. El pecho le hacía daño.

Pero la mujer no salía. Murray consultó su reloj, vio que habían pasado más de diez minutos y se extrañó. Por un borde del escaparate miró el lujoso interior de la relojería. Ella ya no estaba.

Increíble.

Murray no se había movido de junto a la puerta.

Arrojó el cigarrillo que había encendido, porque de pronto se sentía incapaz de sostenerlo en la boca. Con gesto decidido penetró en la relojería.

Confiaba en que le conocieran por haberle visto con su lujoso descapotable a lo largo de la calle. El dependiente no dio sensación de haberle reconocido, pero le sonrió amablemente.

—Buenos días, señor. Dígame.

—Quisiera hacerle una pregunta. Yo estaba citado aquí con la señorita que ha entrado hace un momento, pero ya no la veo. ¿Dónde está?

—¿Qué señorita?

—Se lo acabo de decir: la que ha entrado hace un momento.

El otro sonrió como si no comprendiera.

—Perdone. La verdad..., no sé de qué me habla. Debe haberse confundido de tienda. Aquí no ha entrado ninguna señorita.

Murray cerró un momento los ojos.

Sentía vértigo.

Luego, farfulló:

—Seguro que me he equivocado de tienda. Perdone, gracias.

Y salió de allí.

Callaghan aparcaba entonces ante la puerta un modesto «Cónsul» del año 75. Ni siquiera vio a Murray.

Pero Murray sí que le vio a él. Y tuvo otra vez aquella absurda sensación de miedo, la sensación del horror, la sensación de lo increíble. A plena luz del día y en un lugar elegante, el horror estaba ante él, desnudo ante sus ojos, como había estado en la carretera solitaria.

—Callaghan...

Callaghan se volvió.

—Hola, Murray, está usted muy pálido —dijo el teniente.

—Por favor, necesito hablar con usted.

—¿Es urgente? Quería dar la orden para sustituir a un agente que está vigilando.

—Déla y vaya a aquel café que hay en la esquina, se lo ruego. Le estaré esperando allí.

—Pues... pues claro, Murray. ¿Le ocurre algo?

—Déla y vuelva.

Cuando Callaghan volvió, pudo ver a un tembloroso Murray que ocupaba una mesita apartada y se bebía el whisky casi a borbotones, con la mirada perdida. El teniente se sentó junto a él, trató de sonreír y dijo:

—Si es por lo de la sangre que llovía del cielo, le advierto que quizá hemos dado con la explicación. La cabeza pudo estar en un sitio donde había agua arcillosa casi roja. Esas cosas son simples, pero producen a veces efectos extraordinarios.

—No, no pensaba en eso ya, teniente. Por la noche no me ha dejado dormir, pero de momento había logrado olvidarlo.

—¿Pues qué le pasa ahora?

—Pienso en lo que usted me dijo acerca de las maldiciones.

—Bueno, acerca de las maldiciones se dicen muchas cosas... Generalmente son solemnes tonterías.

—Pero es que todo empieza a dar vueltas en torno mío. Ya no lo entiendo.

—¿Puedo saber qué es lo que le pasa, Murray? Perdone, voy a encargar una tónica. Yo apenas pruebo el alcohol.

Cuando la tuvo delante, miró fijamente a Murray.

Este procuraba disimular el temblor de sus dedos, Al fin, musitó:

—Yo tengo memoria. Como mi fortuna me permite disponer de tiempo, leo los periódicos, las revistas y me siento a veces ante la televisión. Soy lo que se llama un ciudadano bien informado.

—No todo el mundo tiene esa suerte. ¿Y qué le pasa?

—Me acuerdo muy bien del caso de Lena Wins.

—¿Lena Wins? Ah, sí... También lo recuerdo yo, aunque eso ocurrió muy lejos de mi distrito. Fue en Washington, ¿no? La rica heredera a la que partieron en pedazos, empezando por romperle las muñecas para que no consiguiera defenderse. Espantoso... Sí, claro que lo recuerdo. Y también creo estar viendo las fotografías de las piezas de convicción que pudieron recogerse más o menos intactas: un collar de perlas, un billetero, un reloj joya aplastado por un golpe...

Murray preguntó, con voz opaca:

—¿Cuándo murió?

—En fin, no estoy muy seguro... A veces los datos se amontonan en la memoria de un hombre. Pero debe hacer un año, creo... Sí, eso es exactamente. Un año, día más día menos. Fue en Washington, como antes decía. Reunir el cadáver costó mucho trabajo, y al fin lo trasladaron a no sé qué sitio de Virginia occidental. En fin, ¿por qué me viene ahora con todos esos recuerdos?

—Porque acabo de ver a Lena Wins.

—¿Qué?

Callaghan había abierto mucho la boca. El contenido del vaso estuvo a punto de derramársele sobre el traje nuevo.

—Usted bromea, Murray —balbució.

—¿Eso piensa? ¿Qué hubiera dicho si llego a presentarme para contarle lo de los buitres y la cabeza sin que sus hombres lo hubieran visto?

—Le hubiese dicho que bromeaba.

—Y sin embargo, era verdad, ¿no? Una terrible verdad. . Pues lo mismo está ocurriendo ahora.

—Usted no puede saber que era Lena Wins —acusó el teniente—. Sólo la había visto en las fotografías de los periódicos.

—Puede que sí Estoy dispuesto a admitirlo, pero en ese caso el parecido sería asombroso. También fue asombroso lo de Bucler, que había muerto dieciocho meses antes... ¡y sin embargo, su cadáver apareció aquí, un año y medio después y a muchos centenares de millas de distancia!

—Todavía no estamos seguros de que fuera Bucler —dijo rápidamente Callaghan—, Mejor dicho, estamos seguros de que no lo era. Por lo tanto, déjese de fantasías y dígame dónde ha visto a esa supuesta Lena Wins, la mujer a la que partieron las muñecas a golpes y luego mataron salvajemente, troceándola. Si la partieron en pedazos no puede estar ahora enterita aquí, ¿entiende? Dígame dónde la ha visto.

—Ha entrado en la relojería que hay al principio de la calle Gost.

—Sí, ya sé. Es un sitio de lo más elegante, muy adecuado para una damisela como ella. ¿Y ya ha salido?

—Eso es lo más extraño, teniente. Ni ha salido ni está allí. El dependiente ha venido a decirme más o menos que yo sufría una especie de alucinación. Que allí no había entrado nadie.

Callaghan torció el gesto.

Le expliqué que está usted viviendo en mal sitio —susurró—. Esas cosas de las brujas y las maldiciones son fantasías, Murray, pero nadie sería capaz de negar que en ellas puede haber algo de verdad. Y aunque las maldiciones no existan, uno puede sugestionarse y hasta volverse loco pensando que el sitio en que vive está maldito. Me temo que eso es lo que le está pasando a usted, Murray.

Se puso en pie, dejando sobre la mesa el importe del gasto, e indicó:

—Vamos allá.

—¿Ir? ¿Adónde?

—¿Adónde va a ser? A la relojería de la calle Gost.

Y los dos hombres salieron lentamente. Murray casi arrastraba los pies. Alcanzaron el lujoso establecimiento donde había estado unos minutos antes.

El dependiente conocía a Callaghan. Cualquiera conoce a! jefe de la policía en una ciudad pequeña.

—Buenos días, teniente —dijo con cierto gesto de alarma—. ¿Qué pasa? ¿Ocurre algo raro?

—No. Sólo quiero saber si este hombre ha estado aquí hace poco.

Por unos momentos, Murray tuvo miedo de que el otro dijera que no, porque nada de aquello tenía sentido, pero el dependiente dijo:

—Sí. Ha estado.

—¿Qué quería? Si no le apetece no me conteste. No es un interrogatorio oficial, pero le quedaré muy agradecido si me ayuda. ¿Qué quería?

—Preguntaba por una mujer.

—¿Qué mujer?

—Una que acababa de estar en la tienda.

Murray casi brincó. Estuvo a punto de sujetar por las solapas al pobre tipo.

—¡Pedazo de cabrón! —gritó, sin contenerse—. ¿Por qué me ha dicho antes todo lo contrario? ¿Por qué me acaba de soltar que aquí no había entrado nadie?

Callaghan le sujetó las manos con la fuerza de un cepo. Había que ver el vigor que tenía Callaghan. A veces, según como se le miraba, parecía un jugador de rugby, pero no es que lo pareciese: lo era.

—Cálmese, Murray. Soy yo el que pregunta. ¿Por qué ha dicho que no había visto a esa mujer? —gruñó, mirando al dependiente de nuevo.

—Por una sencilla razón —musitó el relojero—. Yo no conozco a este hombre. No sabía si perseguía a esa mujer o si quería cometer un delito. En esos casos, lo mejor es hacerse el tonto. Ustedes mismos, teniente, es decir, la poli, han aconsejado a los comerciantes que, en caso de duda, no den ninguna pista.

—Tiene razón —musitó Callaghan—. O sea, que lo ha hecho por eso.

—¿Por qué, si no?

Callaghan suspiró aliviado. Todo se estaba aclarando. Miró a Murray con una sonrisa, pero éste aún no parecía satisfecho.

—La he visto entrar, pero no salir —musitó—. ¿Por dónde se ha largado?

—Hay otra salida que da a la calle Havmarkett, directamente desde la sección de accesorios. Ella quería comprarse una correa de cocodrilo y, por lo tanto, ha marchado por la otra puerta.

La sonrisa de Callaghan se hizo más ancha.

—Bueno, todo está aclarado —dijo—. Ni usted ha sufrido alucinaciones, Murray, ni aquí pasa nada. Simplemente, la mujer se parecía bastante a una cara que usted recordaba de haberla visto en los periódicos. Olvídese de esto cuanto antes mejor y váyase a dar una vuelta en su fueraborda. Gracias, amigo.

Hizo un saludo al relojero y fue a largarse, pero ya casi en la puerta, preguntó:

—Una simple curiosidad. ¿Qué ha comprado esa mujer?

—No ha comprado nada, teniente. Sólo ha pedido que le arreglemos un reloj roto que no sé si tiene ya remedio. Pero como es una pieza valiosa, me lo he quedado para ver qué se puede hacer. Mírelo, es éste.

Y lo puso sobre el mostrador de mármol y roble. Se trataba de un reloj de platino y brillantes partido casi en dos de un tremendo golpe. Callaghan lo miró por encima y luego clavó en él unos ojos que parecían fascinados.

—Dios santo... —balbució.

También Murray miraba aquello con ojos alucinados.

—¿Qué pasa? —Preguntó el relojero—. Ya sé que está hecho polvo y que seguramente no habrá manera de arreglarlo, pero ¿por qué lo miran así?

Callaghan farfulló, con un hilo de voz:

—Que me maten si no es el que aquella mujer llevaba en la muñeca cuando se la partieron a golpes. Que me maten si no... ¡Oiga! —casi violentamente sujetó al relojero por las solapas, en un gesto espasmódico—. Usted tiene que recordarlo. Seguro que ha tomado nota. ¿Qué nombre dio esa mujer al entregarle el reloj? ¿Qué nombre?

De pronto, parecía completamente alterado, completamente fuera de sí, como si el que ahora estuviese sufriendo una pesadilla fuera él. Vio que el relojero, con gesto de no entender nada, consultaba una libre- tita de notas.

—Aquí está —dijo—. Claro que todos los clientes dejan su nombre. El de esa señorita lo he apuntado muy bien. Se llama Lena Wins.

CAPITULO VI

La mujer que cruzó la calle principal de Westboro, dirigiéndose a la estación de servicio donde había dejado su «Cadillac» para que le cambiaran el aceite, procedía de Pasadena y era una de las más acreditadas fortunas de California. Todavía bonita a sus cuarenta años, elegante y chic, repartía su tiempo entre los negocios cinematográficos, las estancias en hoteles de gran lujo, desde Tokio a Montego Bay, y las juntas de beneficencia de su distrito. La viuda Kroner era una de esas mujeres que viven bien, pero que aspiran a que la gente viva también lo mejor posible.

Estaba en Westboro sólo por casualidad, ya que quería echar un vistazo a las casas de la bahía para rodar en ella una futura película Aquella misma tarde pensaba salir para Mobile, donde le habían dicho que también encontraría casas para alquilar y escenarios adecuados.

Fue entonces, al cruzar la calle distraídamente, sin fijarse en nada en concreto, cuando vio el coche.

Y la cara.

Y cuando tuvo la sensación de la muerte.

Se detuvo en el centro de luminosa calle, sintió un vértigo y aguardó. El coche pasó muy cerca. Otros dos vehículos hicieron sonar sus claxons porque, en efecto, ella se había quedado estúpidamente detenida en el centro de la calzada. Al fin la mujer reaccionó, se olvidó por completo del «Cadillac» que le estaban engrasando y volvió a su hotel.

Este era el Bahía Center, con servicios de gran lujo. El conserje la saludó respetuosamente, mientras le tendía la llave:

—Buenos días, señora Kroner Ningún recado para usted, señora Kroner.

—Gracias.

Su voz temblaba levemente.

No podía negar que tenía miedo.

Y, sin embargo, resultaba extraño tener miedo allí, en aquel ambiente luminoso, entre las palmeras tropicales, los susurros de la cercana playa y el ambiente de gran lujo que se respiraba en cada detalle del hotel. Pero Lidia Kroner sentía aquel miedo en sus nervios, en su sangre, como una sustancia que la fuese lentamente envenenando.

Entró en su habitación.

Desde la puerta miró el teléfono. Era lo único que le interesaba. El teléfono con el que iba a llamar a la policía.

Pero aún no había cerrado la puerta cuando lo vio. Pudo distinguir perfectamente la cara reflejada en el espejo del cuarto de baño abierto. Era la misma cara que había visto en el coche poco antes, la misma que le había llenado de horror.

La muerte estaba allí.

Había entrado ya en su habitación.

¡La aguardaba!

Lidia Kroner estuvo a punto de chillar, estuvo a punto de estremecer el hotel con sus gritos, pero algo le atenazó la garganta. El aire le faltaba, un espasmo le recorría el cuello. Comprendió también que si perdía el tiempo chillando, no podría huir..., no podría huir...

Esa era la única idea que le obsesionaba. De pronto se encontró girando sobre sus tacones y corriendo hacia la puerta. La cerró violentamente a su espalda, y una vez estuvo en el pasillo, hizo girar el llavín en la cerradura, cerrando por fuera, aunque daba por descontado que si la muerte había entrado, también sabría salir. Luego, corrió hacia las escaleras.

No quería perder tiempo usando el ascensor. Por otra parte, era incapaz de encerrarse en ningún sitio.

Descendió agitadamente desde el segundo piso al vestíbulo. El conserje le sonrió con sorpresa.

—Buenos días. ¿Le ocurre algo, señora Kroner?

Ella tragó saliva.

—Quiero llamar a la policía —dijo.

—Si lo necesita, hay un detective en el hotel.

—Bien... Es verdad, quizá así perderemos menos tiempo. Diga que vaya a mi habitación. Alguien ha entrado en ella.

—No es posible, señora Kroner...

—¡Por favor, que lo haga! ¡No pierda un minuto! ¡Que lo haga!

Inmediatamente el detective del hotel, un ex luchador, subió a la habitación de lujo que ocupaba la mujer. Instantes más tarde, regresó con expresión perpleja.

—No había nadie, señora Kroner. Absolutamente nadie.

Ella hundió los hombros mientras exhalaba un suspiro de nerviosismo y de miedo.

—Entonces ya se ha ido —susurró—. Es inútil hacer venir a la policía aquí. Iré a hacer la denuncia yo misma.

—Por favor, señora Kroner, no comprometa al hotel.

—No se trata de comprometer a nadie. Vamos, que el detective me acompañe.

Salió con el ex luchador. El conserje se la quedó mirando con asombro, mientras decía a su ayudante:

—Parece que últimamente hay una racha de visionarios en esta ciudad. Esta mañana el teniente Callaghan se me quejaba de que no hace más que tratar con gente alucinada en los últimos días.

—Sí, ya me lo ha contado. El principal alucinado es uno que vive en La Corniche, en la antigua casa de las brujas.

—¿Pero hay quien crea todavía en esas cosas?

—Muchacho, después de lo revuelto que está el mundo, yo ya no creo ni dejo de creer en nada.

Mientras tanto, Lidia Kroner y el detective habían salido ya del hotel. Ella

murmuró:

—¿Está muy lejos la policía?

—Veinte minutos a pie, pero no se preocupe; tomaremos un taxi.

—No pasa ninguno por aquí. Bueno, no tiene importancia. Mi coche está en esa estación de engrase de al lado. Lo retiro y vamos en él.

—Como quiera, señora Kroner, pero las explicaciones las puede dar también por el teléfono del hotel.

—No me creerían. Lo que he de decir, lo diré personalmente. ¿Vamos?

Entraron en la estación de servicio. El encargado se acercó limpiándose las manos con un paño.

—Ah, usted viene a por el «Cadillac»... Lo siento, pero el radiador estaba en malas condiciones y lo hemos limpiado. Son sólo cinco minutos. ¿Puede esperar?

Ella hizo un gesto de contrariedad.

—De acuerdo. Telefonearé mientras tanto —dijo, tomando una decisión.

—Detrás de la estación hay una cabina telefónica privada. Puede usarla.

Lidia Kroner se dirigió hacia allí con sus pasos todavía elásticos, todavía jóvenes y firmes. Vio que la parte posterior de la estación de servicio daba a un callejón algo sombrío. Allí estaban los toilettes, los vestuarios de los empleados y una cabina telefónica. Dos coches averiados aguardaban al fondo. La sensación que se tenía era de una absoluta soledad.

Apenas a diez metros, la gente hablaba a gritos y movía piezas mecánicas, pero en aquella parte trasera diríase que flotaba un silencio de siglos. Como si nadie hubiera puesto los pies allí en mucho tiempo, como si aquellos coches averiados estuviesen depositados en el callejón desde antes de la invención de la rueda.

Pero eso poco importaba a una mujer decidida como Lidia, que había resuelto telefonear a la policía desde allí para no perder más tiempo. Se introdujo en la cabina y consultó la pequeña guía telefónica local. De un modo maquinal, había cerrado cuidadosamente la puerta que estaba a su espalda.

Encontró el número.

Fue a discar.

Y, de pronto, todo cambió para ella.

Todo sucedió en un instante.

En un parpadeo.

La puerta que estaba a su espalda se abrió.

Ella fue a volverse.

Y vio fugazmente la cara.

Vio la muerte.

Vio el gancho de carnicero que flotaba sobre su ' cabeza.

Fue a lanzar un estertor.

Un grito que no llegó a brotar...

Vio su propia sangre inundando los cristales de la cabina, saltando a ellos,

rodeándola por todas partes de un universo rojo...

No se dio cuenta de que el garfio había penetrado en su cuello.

De que se hundía cruelmente en él.

De que una fuerza inhumana la arrastraba, engarfiada como una res...

Cuando instantes más tarde, el detective del hotel fue hasta la parte trasera de la estación, inquieto por la tardanza, la encontró colgada por el garfio en uno de los armarios para las prendas del personal. El suelo de aquel armario había cambiado de color.

Ahora era intensamente rojo.

CAPITULO VII

Callaghan presenció cómo descolgaban el cadáver. Los ojos del teniente se habían vuelto tan rojos como el suelo del armario. Estaba tan abrumado que hasta su fortaleza física parecía haberse disuelto en el aire.

Con voz opaca, susurró:

—Por favor, acompáñeme, Goran.

Goran era el detective del hotel. Los dos se sentaron en la parte de atrás del coche patrullero. Mientras Callaghan mascaba un chicle para dominar aquella especie de náusea que sentía, preguntó:

—Usted fue el último que la vio con vida. ¿Me ha dicho que iba a telefonear a la policía?

—Sí, eso es. Estaba muy asustada y les quiso llamar a ustedes.

—¿Por qué no la acompañó hasta la cabina?

—Porque ella no me lo dijo. Ir detrás me pareció una impertinencia, ya que quizá ella quería usar los Servicios. Por otra parte, no me pareció que aquí hubiese el menor peligro.

Callaghan cerró un momento los ojos.

—No, en apariencia no la había —dijo—. Incluso es muy posible que la actitud de la señora Kroner pareciese la de una visionaria. ¿Pero le dijo ella por qué quería avisar a la policía? ¿De qué tenía miedo?

—No lo sé. Parece que había visto a alguien en su habitación.

—¿Hombre o mujer?

—No lo dijo.

—Si ella hubiese creído que era un simple ladrón —dijo Callaghan, pensativamente, al cabo de unos instantes—, se hubiese limitado a llamarle a usted, que está precisamente para resolver esos casos. De ningún modo hubiera sentido la necesidad de llamar a la policía de! condado. Por lo tanto, hay que llegar a la conclusión de que era alguien a quien ella conocía, a quien había visto antes. Y que, además, le inspiraba un terrible miedo.

—Sí, pero ¿quién? —murmuró el detective, como si Callaghan le pudiera dar una respuesta.

—Eso es lo que quisiera saber. El garfio con el que le han causado la muerte no tendrá huellas, supongo, porque el asesino será cualquier cosa menos un ingenuo. De todos modos, puede que haya pisadas en alguna mancha de grasa de las que abundan en una estación de servicio. También es posible que existan huellas en la habitación de la señora Kroner. Enviaré a los expertos,

Y añadió, con voz ahogada:

—¿Ella no pronunció ningún nombre?

—No, ninguno.

—De acuerdo, amigo; le llamaré más tarde para firmar el atestado. Gracias.

—Estoy a sus órdenes, teniente... Oiga, me siento muy afectado.

Callaghan no contestó. Había momentos en que hasta el hablar le resultaba difícil.

Dejó el coche y fue arrastrando los pies hasta el hotel, pensando que tal vez allí sí que podría encontrar alguna maldita huella.

* * *

John Murray apago el televisor y la imagen sonrosada de la locutora se extinguió poco a poco. Con las facciones algo pálidas y gestos inseguros, el hombre que vivía como un millonario en La Corniche fue hacia el otro lado de la pieza y se preparó un whisky doble. La noticia de la muerte de una mujer llamada Lidia Kroner no debía haberle afectado de aquella manera tan negativa, pero le era difícil evitarlo. De un tiempo a esta parte todo le ponía nervioso.

Bebió con avidez el licor, aunque éste le abrasaba la garganta. Luego fue a la biblioteca.

Por la noche, la casa estaba vacía. Las dos asistentas que cuidaban de todo durante el día, se marchaban antes de las nueve. Como todos los solteros con pasta, Murray prefería disponer por las noches de un lugar privado donde no le molestase nadie

Abrió la puerta del enorme recinto donde le aguardaban los libros, el silencio, la paz de la noche.

Y entonces vio la rata.

La rata enorme.

Pasaba lentamente de un lado a otro de la pieza.

Solamente al darse cuenta de que era observada, la rata salió disparada hacia las cortinas de una ventana, se escondió entre ellas y un momento después pareció como si se la hubieran tragado las entrañas de la casa. Fue como una sucia maldición que aparece y desaparece en el aire.

Murray estaba atónito.

No entendía cómo infiernos podía haberse colado una rata allí, en una casa de gran lujo y que, además, estaba impecablemente limpia.

Pero los roedores aparecen en los sitios más insospechados. Ya hay quien dice que, cuando el hombre desaparezca de la tierra, quedarán las ratas y ellas crearán una forma nueva de civilización. Por mucho que uno haga para sacudírselas de encima, siempre viven y siempre vuelven.

«Tendré que avisar mañana —pensó Murray—. Esto es indignante. Pero o el administrador lo deja todo en condiciones, o tendrá que devolverme el dinero.»

Fue a buscar un libro cualquiera para distraerse. La televisión había terminado ya sus programas y él no podía dormir. Retiró de la estantería un volumen con las mejores obras de S. S. Van Diñe.

Y entonces, en el hueco que el libro había dejado, vio los ojillos.

La rata.

Los ojillos estaban allí, esperando, acechando... No podía ser la misma rata de antes porque no había modo de que llegara hasta allí. Tenía que ser otra. Murray hizo un gesto de extrañeza y de repulsión mientras escuchaba aquel chillido asustado.

La rata corrió enloquecida por detrás de los libros, buscando una salida, y al final debió encontrarla o se quedó quieta, porque Murray no volvió a oírla más. Entonces el joven depositó el libro otra vez en su sitio, con un gesto de asco, como si estuviese contaminado. Miró en torno suyo mientras le recorría un leve estremecimiento.

¿Era asco? ¿Era miedo? No hubiera sabido decirlo.

Las ratas le producían un inconfesable pánico, lo mismo que los buitres. Al pensar en los dos bichos que acababa de ver, no podía dejar de pensar en los buitres de la carretera, aquellas manchas entre grises y negras. No podía dejar de pensar en la cabeza, en el cuerpo que él conocía, en...

La sensación de frío le recorrió. No podía negar que se sentía mal. El hecho de que una biblioteca de tanta categoría estuviera invadida por las ratas le desconcertaba, le asustaba, le daba asco.

Por un momento incluso estuvo tentado de dejar la casa e irse a pasar la noche a un hotel, pero pensó que todo aquello era una tontería digna de una solterona. Encendió un cigarrillo y se dirigió a su dormitorio.

Este era suntuoso.

Pero no impresionaba. Era, al mismo tiempo, un dormitorio coquetón y amable, en el que Murray había pensado que la millonaria Lorna Fields se encontraría a gusto. Lo malo era que Lorna Fields, por el momento, no había manifestado el menor deseo de conocerlo, y la única vez que hizo uso de la llave de la casa fue para entretenerse en la biblioteca y demostrarle que el cadáver reciente que ambos habían visto ¡era el de un hombre muerto dieciocho meses atrás!

De todos modos, no había nada perdido.

Lorna era una chica con la que valía la pena gastar tiempo, y a él el tiempo le sobraba. Un hombre que ha decidido tomarse juntas las vacaciones de dos años, ¿qué otra cosa tiene que hacer?

Empezó a desnudarse y se tendió en el lecho. Las luces encendidas titilaban ante sus ojos. El silencio hubiera sido absoluto, casi mortuorio, de no ser por el estampido de las olas que esta noche llegaba más fuerte que nunca.

Comprendió que debía intentar dormir y apagó las luces. Cerró los ojos. La única claridad que llegaba hasta él era la de la ventana situada a su derecha.

No le fue tan difícil como imaginaba conciliar el sueño. Empezó a respirar acompasadamente y se sumió en ese estado intermedio en que las cosas adquieren una dulce placidez. Le faltaba ya muy poco para quedarse dormido del todo cuando de pronto se incorporó con la sensación de un roce entre las mismas ropas de la cama.

Estuvo a punto de lanzar un grito.

No sabía lo que le ocurría.

Los nervios le traicionaban.

Y fue entonces, al encender las luces, cuando la distinguió casi a sus pies. Era la enorme rata. La rata estaba casi rozándole, pero al verse descubierta, brincó hacia atrás, saltó de la cama y se perdió en la alfombra. Murray lanzó una maldición mientras estrellaba contra ella la pantalla, tratando de alcanzarla.

No lo consiguió. Se oyó un estampido y la bombilla se hizo pedazos. Gracias a las otras que había en la habitación, pudo entonces Murray distinguir un espectáculo que le pareció alucinante.

Sus ojos se desencajaron.

Porque distinguió otras dos enormes ratas que subían por las paredes de la habitación, cerca ya del techo.

Otra se paseaba por la mesilla,

Murray tuvo una náusea y todo su cuerpo se contrajo.

¡Era imposible!

¡La casa estaba llena de ratas!

¡Absurdoooo!..

El grito casi partió de la garganta de Murray mientras saltaba de la cama. Pero inmediatamente tuvo miedo de ir por allí con los pies descalzos y saltó sobre una butaca, Desde allí las vio.

Había, al menos, media docena de ratas en la habitación.

Lo iban llenando todo.

Al ver a Murray se asustaron y empezaron a correr enloquecidas, lanzando agudos chillidos y dirigiéndose todas hacia el mismo sitio, pero el joven no se confió. Una de ellas podía atacarle y hacerle sangre, y entonces las otras la seguirían. Y si bien una rata no significa un gran peligro, con media docena nunca se sabe lo que puede suceden

Pero, sobre todo, era el asombro lo que dominaba a Murray.

Cada vez lo entendía menos.

Sus ojos se habían desorbitado.

Cosa que quizá no le había ocurrido nunca, sus rodillas empezaban a vacilar.

El asombro y una cierta sensación de miedo —porque las ratas son enemigos traidores e imprevisibles— se habían mezclado a la náusea. Sólo de pensar que podía haberse quedado dormido en aquella siniestra compañía, sentía frío.

Pero la serenidad se fue imponiendo en él poco a poco. Al fin y al cabo, Murray no era un alfeñique ni mucho menos. Desde lo alto de la butaca, vio que las ratas iban huyendo todas por el mismo sitio.

El dormitorio quedó vacío. De pronto, parecía como si aquellos asquerosos roedores no hubieran entrado allí jamás.

Mientras tanto, John Murray se había dado cuenta de aquel detalle: las ratas huían todas por el mismo lugar, lo cual indicaba que había un canal o túnel de entrada y salida. Ahora bien, ¿adónde llevaba?

Necesitaba averiguarlo, saber dónde estaba el foco de aquella siniestra infección o no podría poner más los pies en aquella casa. A la mañana siguiente llamaría al Ayuntamiento de Westboro para que viniesen los de la brigada raticida, pero ante todo necesitaba saber de dónde salían los asquerosos bichos.

Intentó recordar la distribución de la casa.

El dormitorio estaba en el primer piso. Las ratas parecían huir por unos viejos tubos de la calefacción que ya no se usaban.

Se calzó, se vistió ligeramente y fue a la habitación que estaba inmediatamente debajo del dormitorio.

En efecto, el antiguo tubo de la calefacción pasaba por un ángulo y estaba disimulado mediante una decoración en roble. En él se oían perfectamente los ruidos de las ratas al moverse.

Murray siguió repasando la arquitectura de la casa. ¿Adónde llevaba aquel tubo? Sin duda a los sótanos, donde estaba la vieja caldera ya inservible. Por una razón u otra, era en los sótanos donde las ratas se habían concentrado, y utilizando el viejo sistema de tuberías de la calefacción se habían distribuido por toda la casa.

Necesitaba ir allí, ahuyentarlas y taponar la tubería, de modo que al menos quedaran concentradas en el sótano. De ese modo, a la mañana siguiente, sería muy fácil exterminarlas a todas.

Abrió la puerta que llevaba al subsuelo. Aquella puerta crujió siniestramente. El quejido se extendió por todo el vestíbulo como el sonido de una garganta humana.

Murray palpó la pared en busca del conmutador de la luz.

Oía abajo un rumor insólito, siniestro. Era el rumor de mil pezuñas pequeñas y rápidas que se movían incansablemente. Con un escalofrío, Murray pensó que abajo debía haber quizá un centenar de ratas.

Una cantidad suficiente como para devorarle vivo si él llegaba a caer.

Con un estremecimiento, iba ya a abandonar y a cerrar la puerta cuando sus dedos rozaron el conmutador de la luz. La encendió. Pudo ver entonces con toda claridad lo que había seis peldaños más abajo.

Y entonces sus ojos se desencajaron de horror.

De su garganta escapó un rugido.

Era un rugido casi infrahumano en el que palpitaban todo el asombro, todo el asco y todo el horror del mundo.

Porque el suelo del sótano estaba materialmente lleno, tapizado de ratas.

Pero éstas no se ocupaban de él, no se ocupaban del intruso. Toda su pestilente atención estaba centrada en otra cosa.

Porque paseaban por encima de un cadáver medio deshecho, medio devorado, medio consumido.

Paseaban por encima de unos restos humanos.

Pero no fue eso lo que verdaderamente dejó sin sangre a John Murray. No fue aquel espectáculo repulsivo. No fue ni siquiera el miedo de que lo mismo

le pudiera pasar a él. Aquel chillido crispado de su garganta partió al ver la cara intacta de aquellos restos de mujer. Al reconocer aquel rostro. Al ver que se trataba de... ¡DE LENA WINS!

CAPITULO VIII

El coche patrulla llegó en un tiempo récord, teniendo en cuenta que era una hora en la que muy pocos policías se hallaban de servicio. Con cara de sueño, vistiendo sólo un jersey ligero y un pantalón, Callaghan fue el primero en descender y en avanzar hacia la casa, apenas ocho minutos después de que Murray descolgara el teléfono pidiendo angustiosamente ayuda.

El teniente se frotó los ojos.

El hombre que le aguardaba junto a la entrada de La Corniche no parecía Murray; parecía su propio fantasma.

—Callaghan... —dijo.

—No, no se disculpe por haberme llamado, Murray, si es eso lo que va a hacer. Durante meses, ésta ha sido la ciudad más pacífica del mundo, y justo es que ahora tengamos un poco de trabajo. Vamos a ver, ¿qué pasa?

Murray balbució:

—¿Vienen también los de la brigada raticida, como le he dicho?

—Cierto, vienen un par de expertos. Todo lo que he podido reunir en unos minutos. Pero no se preocupe por eso. ¿Qué pasa en realidad?

—Entre.

Sin una palabra más, le condujo a la puerta del sótano, que estaba cuidadosamente cerrada. Aconsejó:

—Saque su pistola por si acaso,

—¿Pero por qué..,?

—Quizá necesite disparar contra alguna rata.

—Bueno, si usted lo dice...

Empujaron la puerta.

Dieron la luz.

Una claridad turbia se derramó entonces sobre aquella escena alucinante, sobre aquel aquelarre, sobre aquella maldición increíble.

Murray sintió que sus ojos se nublaban de nuevo. Aquella visión era aún más espantosa que la primera vez. El propio Callaghan pareció vacilar unos instantes, como si las fuerzas fueran a fallarle.

Con un hilo de voz, farfulló:

—Más vale que se vaya de aquí, Murray.

—Pero es que...

—¡Váyase, por todos los infiernos! ¡VAYASE!

Su grito había sido ronco, espeso. En aquel momento entraron dos hombres más en el sótano. Callaghan hizo una seña y se llevaron medio a rastras a Murray.

Tras los dos hombres, llegó otro que debía ser de la brigada raticida o algo semejante. El teniente y él estuvieron encerrados en el subsuelo durante varios minutos. Luego llegó un ayudante.

Permanecieron encerrados algunos instantes más. Habían transcurrido unos

cinco minutos en total, cuando Callaghan volvió a salir Su cara estaba desencajada y tenía un extraño color ceniza.

Murray se encontraba medio tumbado en uno de los divanes del vestíbulo, un lujoso «Chester», tapizado en piel. Le habían dado una copa de licor mezclada con un fuerte sedante.

Pero si sus nervios estaban más calmados, su cerebro seguía galopando. Cuando vio frente a él a Callaghan, lo sujetó fuertemente por una manga.

—¿Se ha dado cuenta, teniente? ¡Esto es el infierno!

¡Lo que me dijo de la maldición es verdad! ¡ES VERDAD!

Callaghan se dejó caer en el diván. De pronto parecían fallarle las fuerzas a él también. Fue a sacar un cigarrillo, pero al final desistió. Sin mirar a ninguna parte, dijo:

—Cálmese. Ya no hay ratas en la casa. Esos dos hombres que han entrado hace poco son unos expertos.

Murray emitió una risita dolorosa, sardónica.

—¿Quiere decir que ya han acabado con ellas? No me haga reír. ¡Había centenares! ¡Ratas y ratas por todas partes! ¡No han podido terminar con ellas en sólo unos minutos!

—Aunque le parezca mentira, así es, Murray. Uno de esos dos hombres se llama Bounty y es un experto de gran categoría. He tenido una gran suerte al poder contar con él, porque se encuentra de vacaciones aquí. Posee unas cápsulas de gas que son inofensivas para los seres humanos, pero que acaban con las ratas en pocos momentos. No creo que ni una de ellas pueda escapar, aunque mañana tendremos que venir a retirar sus asquerosos cuerpos. En fin, ése es un trabajo menos pesado que ir cazándolas una a una, ¿me entiende?

Murray entendía, pero ya parecía haberse olvidado de aquello. Su pensamiento estaba clavado en otro lugar. Con voz ronca, preguntó:

—¿Ha... examinado el cadáver?

—Sí, Murray.

—¿Y... y...?

Callaghan tardó mucho en contestar. Tardó lo que parecía un tiempo infinito. Y a! fin dijo sencillamente:

—Sí.

—¿Era el de..., de... Lena Wins?

Callaghan volvió a farfullar:

—Sí.

Y entonces Murray saltó de nuevo. A pesar del sedante, sus nervios se dispararon. Mientras se ponía en pie de un salto, gritó:

—¿Se da cuenta de lo que dice? ¡Esa mujer murió hace un año! ¡Hace un año, maldita sea! ¡ESA MUJER MURIO!

—No murió, puesto que usted mismo la vio por la calle y entrando en aquella relojería —murmuró el teniente, como si quisiera convencerse a sí mismo.

—¿Pero se da cuenta de que...? ¡Oiga, Callaghan! ¡Usted está loco! ¡Fue

una noticia que dio la vuelta al país!

—Quizá sufrimos un error.

—¿Un error? ¿Quién?

—La policía. No la de aquí, claro. No la de West- boro, donde estamos ahora. Debió sufrir un error la brigada criminal que examinó aquel caso. Quizá se confundieron con otra mujer muerta.

Murray se hundió de nuevo. Preguntó con un hilo de voz:

—Supongámoslo, teniente.

—Sí. Supongámoslo.

—¿Qué piensa hacer?

—Lo normal en estos casos. Telefonear al inspector que llevo aquel caso y hablar largo y tendido con él. Decirle que tengo sospechas de que hubo un error. Deberán exhumar el cadáver de la que se supone es Lena Wins y realizar una nueva identificación. Supongo que no será tan difícil, si aún queda en sus dedos algo de tejido donde haya marcas digitales.

Murray se estremeció como si el que tuviera que hacer aquella exhumación del cadáver fuese él. Luego dijo con voz opaca:

—Pero siempre quedará algo por aclarar, Callaghan.

—Ya lo sé. Montañas de cosas por aclarar. ¿Pero en qué está pensando concretamente, Murray?

—Estoy pensando en el modo que tuvo esa mujer de llegar aquí. ¿Cómo alcanzó el sótano, si hay un sistema de alarma casi perfecto? ¿De dónde salieron las ratas que la atacaron? ¡Aquí no había ninguna! Y si la atacaron todos esos asquerosos bichos, ¿por qué no trató de escapar? ¿Es que una mujer joven como ella no podía hacerlo? ¿Por qué no se desgañitó pidiendo auxilio?

—Quizá lo intentó, pero no había nadie en la casa, Murray.

—¡Mentira! ¡No estaba yo, pero durante el día se encuentran aquí dos asistentas! ¡Ellas la hubieran oído!

Callaghan anotó aquello en su bloc como si el dato le interesase. Luego dijo con voz más tranquila:

—Las interrogaré.

—Hay algo más, teniente, algo que ellas no le aclararán y que no le aclarará ni el propio diablo.

—¿A qué se refiere?

—El tiempo que necesitaron las ratas para devorar ese cadáver del modo que..., que los dos hemos visto. Pese a ser tantas, pienso que no tuvieron tiempo de dejarla así. Y hay otra cosa que no tiene sentido.

—¿Qué cosa?

—No tocaron la cara.

Callaghan tuvo un leve estremecimiento de hombros. Dio la sensación de que había pensado aquello docenas de veces en pocos minutos. Al fin dijo con voz insegura:

—Las ratas son animales inteligentes, pero hasta cierto punto. Se guían por

instinto y por capricho. Supongo que encontraron más apetitosas otras partes del cuerpo que la cara. Luego hubiesen comenzado con ella.

Y Callaghan se sirvió también un poco de licor. Se puso en pie mientras sus hombres trajinaban arriba y abajo. En pocos minutos habían llegado ya los camilleros y los expertos en huellas, y el enorme vestíbulo se iba poblando de gente.

—Hay algo que no se me quita de la cabeza, Murray —dijo.

—¿Y qué es?

—Esta casa. Esta maldita casa.

—No le entiendo, Callaghan.

—Pues es muy sencillo, aunque no me gusta hablar de esto. Se lo dije una vez: el lugar tiene fama de maldito. Pasan cosas extrañas aquí. Siempre han pasado. Ninguna persona de la localidad quisiera vivir en esta casa.

Murray hubiera hecho una mueca en cualquier otro momento, negándose a creer en nada de aquello, pero ahora estaba intensamente pálido. Los pensamientos entraban en su cerebro a martillazos. Mientras miraba en torno suyo dijo aprensivamente:

—No hablará en serio, Callaghan.

—¿Y por qué no?

—Un policía habla de hechos, no de maldiciones.

Callaghan suspiró con cansancio.

—En eso tiene razón, Murray: un policía no habla de maldiciones, sino de hechos, quizá porque las maldiciones no existen. Pero quizá un policía pueda también dar un consejo, y mi consejo es éste: lárguese de aquí. No veo la maldita necesidad de que siga en esta casa. Termine sus vacaciones en el Caribe, en el Canadá, en Europa... ¡donde sea! Usted tiene pasta larga y puede elegir. Por lo tanto... ¡no invoque más a los poderes del diablo! ¡Váyase!

Murray le contempló como si no hubiera oído bien. Mientras sujetaba el vaso de whisky balbució:

—¿Qué ha dicho de los poderes del diablo? ¿Es que cree en ellos?

Callaghan se volvió hacia él.

Su cara también estaba muy pálida.

La luz de la cercana pantalla lo partía en dos. Dibujaba en él una extraña sombra.

—No lo sé —dijo—. Le juro que ya no lo sé.

Y, volviendo la espalda, salió de la habitación como una sombra.

CAPITULO IX

Pero no llegó demasiado lejos. John Murray no estaba dispuesto a escuchar sólo medias palabras y a quedarse con aquellas terribles dudas. Le alcanzó en la gran explanada exterior, desde la cual, caso de ser de día, hubiera sido visible la enorme extensión de la playa desierta.

—Eh, teniente —dijo.

Callaghan se volvió.

—Ya me ha oído, Murray. Sé que estoy diciendo una tontería, pero vuelvo a aconsejarle que se vaya de aquí.

—No me iré hasta que esto quede resuelto. Tengo la sensación de que me voy a volver loco, ¿entiende? ¡Loco! Usted me ha hablado de maldiciones y quiero que concrete esas palabras. ¡Necesito saber!

—Si he hablado de maldiciones ha sido una tontería —dijo Callaghan, esquivándole—. No creo en ellas.

Murray casi le sujetó, frenándole cuando el teniente iba a llegar al coche patrullero. Con expresión crispada, murmuró:

—Naturalmente que cree en ellas. Oficialmente no puede decírmelo- porque un policía no puede poner esas cosas en un informe, pero en privado, usted es libre de creer lo que quiera. Y lo cree. ¡Vaya si lo cree! Por eso se lo digo, Callaghan: ahora no estamos redactando un informe ni usted ni yo, de modo que sea claro conmigo. Dígame lo que piensa aunque lo que piensa sea lo más absurdo del mundo.

El joven teniente se detuvo. Por fin había podido encender un cigarrillo. La fresca brisa del mar parecía haberle despabilado, aunque en la noche flotaba algo extraño, misterioso, inquietante.

—Cierto —dijo—. Como persona puedo creer en lo que me dé la gana, pero en las maldiciones, no.

—Entonces, ¿por qué me ha hablado de ellas? ¿Por qué me ha dicho que me vaya?

—Uno, a veces, dice cosas que no tienen demasiado sentido.

—Oiga, Callaghan, vamos a hablar claro de una vez. Usted lleva bastante tiempo viviendo aquí, ¿no?

—Me eduqué en la Escuela de Policía de Tampa y siempre he trabajado aquí, en los servicios de investigación del condado, empezando por lo más bajo. ¿Por qué me pregunta eso?

—Porque debe conocer a la gente. Seguro que sabe todo lo que se rumorea en esta maldita tierra.

—Supongamos que sí.

—Bueno, entonces, ¿qué se dice de esta maldita casa?

—Se lo conté, Murray, pero no hay que hacer caso: se trata de una vieja historia que se pierde en lo que aquí es la noche de los tiempos. Donde se alza ahora La Corniche, había antes un nido de brujas. Todas fueron linchadas por

la multitud en este mismo lugar. Circuló el rumor de que habían sacrificado a un niño atándolo a una cruz de cuatro brazos, es decir una cruz de Lorena. Ya sabe cómo es la gente hoy; imagine cómo era hace unos siglos. En fin, desde entonces el sitio ha sido considerado como maldito, y encima sólo faltó la extraña muerte o desaparición de los dueños de esta casa. Pero lo que le cuento no tiene ningún valor; es decir, sólo se trata de historias que las viejas cuentan en invierno.

—No hay invierno en el golfo de México. Aquí siempre es primavera, Callaghan. Y ahora contésteme a esto: ¿en qué se concreta la maldición de este sitio? ¿Qué piensa la gente que ha de pasar?

—La gente dice que las brujas siempre vuelven.

—¿Las brujas?

—Sí. O al menos una de ellas.

—¿Una bruja?

—Bueno, esos son los rumores, esas son las viejas historias. No haga caso. La gente de la línea de la costa dice que algún día una bruja volverá y que entonces esta casa volverá a estar maldita hasta los cimientos. Eso es: hasta los mismos cimientos. La gente dice también, por supuesto, que la bruja será una mujer terriblemente hermosa.

Murray palideció.

Pareció como si un golpe de aire frío le hubiese dado en la cara.

—¿Una mujer hermosa? —balbució.

—Claro que sí. Existe la tradición de que las brujas siempre lo han sido.

—¿Una mujer que vendrá aquí como por casualidad?

—Sí.

Y, de pronto, Callaghan se detuvo. Miró fijamente a Murray. Masculló:

—Oiga.

—¿Qué?

—¿En quién está pensando, Murray?

Murray no contestó.

Tenía la mirada vacía. Perdida.

—Una mujer que ha venido aquí como por casualidad.. —dijo con voz lejana.

—¡Infiernos! ¿En quién está pensando? ¿EN QUIEN?

Los dedos de Murray se habían apoyado en la balaustrada de piedra. Se movían inseguros. Sin mirar a ninguna parte, susurró:

—¿Cómo se puede reconocer a una de esas brujas cuando vuelva del fondo del pasado?

—Pues... En fin, son cosas que también dice la gente.

—¿Y qué es lo que dice?

—Que llevará la cruz de Lorena grabada. Pero la llevará en un sitio nada visible de su cuerpo, o sea que nadie podrá distinguirla.

Murray hundió la cabeza.

—Gracias, teniente —dijo con voz opaca.

Y volvió la espalda. Esta vez fue él quien se largó. Desapareció de la explanada como una espesa sombra.

* * *

A la mañana siguiente, el hombre que vivía en La Corniche hizo algo que seguramente cualquiera hubiese hecho. Mientras la policía acababa de retirar los restos humanos del sótano y las docenas de ratas muertas, aquel hombre abandonó la casa para instalarse en uno de los mejores hoteles de la playa, que entonces estaba casi desierta. Los hombres de Callaghan quedaron como dueños absolutos de La Corniche durante un día.

Los hombres de Callaghan y tal vez los espíritus también. Pero eso, ¿quién lo sabía?

John Murray se levantó aquella, mañana con una idea bien clara. Había algo que tenía que averiguar, y pensaba hacerlo en seguida.

Telefoneó a Lorna. Ella seguía en su magnífica residencia, una residencia que al menos no estaba maldita.

—Lorna... Supongo que el teniente te ha hablado de lo que sucedió. Lo de anoche en La Corniche fue algo increíble, fue algo que... en fin, no sé cómo explicarlo. Las cosas que yo no había creído jamás, estoy dispuesto a creerlas ahora.

—Callaghan me explicó unas cosas muy inconexas,

John, y eso poique nos encontramos casualmente. Tengo la sensación de que me esquiva y no quiere soltar una palabra. Pero es tan extraño lo que me dijo que... En fin, no sé, no puedo creerlo.

—Yo mismo te lo explicaría, Lorna. Precisamente por eso te he llamado. Quiero verte. Necesito verte.

—John, tengo miedo.

—¿Miedo, de qué?

—No sé... Es algo que está en el aire. Es algo que no sé explicar. Pero lo poco que me ha contado Callaghan es algo que estremece... Y lo que pasó con aquella mujer de la gasolinera... Colgada de un garfio de carnicero como si fuera una res... Creo que aquí, en West- boro, jamás habían ocurrido esas cosas.

—No lo sabes, Lorna. Tú no eres de aquí.

—Pero oigo lo que dice la gente... No, jamás habían ocurrido esas cosas. Estoy tan asustada que creo que voy a irme.

—No puedes irte ahora, Lorna.

—¿Por qué no?

—Porque te quiero.

Las palabras quedaron flotando en el aire, vibrando en el cable. Las palabras debieron producir en Lorna una brusca turbación, porque la muchacha dijo con voz opaca:

—Más vale que nos veamos, John. Quizá tenga que contarte algo.

—Si me hablas de tu fortuna, yo te hablaré de la mía. No perdamos el tiempo con tonterías, Lorna. Los dos somos ricos y libres. Más vale que nos veamos y tracemos un plan conjunto. Estoy seguro de que nos pondremos de acuerdo.

—Bien. ¿Dónde quieres que nos veamos, John?

—Hace un magnífico día. ¿Por qué no en la playa dentro de media hora? Allí podremos hablar con tranquilidad. Estoy en el Green y te esperaré en la playa privada del hotel. Me he trasladado aquí provisionalmente, mientras la policía termina de remover la casa.

—Pues vaya vacaciones, John...

—Eso digo yo. ¡Vaya vacaciones!

Colgó.

Media hora después, vestido simplemente con un slip y una camisa muy fina encima, aguardaba en la arena. Como Murray era un verdadero atleta, su figura hubiese llamado de verdad la atención a las bañistas, pero ahora no había ninguna para fijarse en él. La playa estaba maravillosamente solitaria, como lo estuvieron todas las playas el día que nació el mundo.

Vio llegar a la muchacha en su «Rolls». No era un vehículo para una excursión deportiva, pero Lorna no tenía otro. Era una pobre chica que sólo tiene un «Rolls». John Murray la vio descender como una diosa, con sólo un vestido ligero, zapatos de tacón descubiertos, las piernas desnudas y la larga melena al viento. Era una visión tan fascinante que el hombre tuvo que entrecerrar los ojos.

Demasiado hermosa.

¿Qué había dicho Callaghan, el maldito Callaghan?

Sí, eso era: una mujer hermosa.

Fue a recibirla a las escaleras de piedra que descendían a la playa. Los pensamientos zumbaban como abejorros en la cabeza de Murray. Lo enloquecían.

—Me he traído un bañador, John —dijo ella—. Hace un día tan magnífico que quizá nos convenga un chapuzón. A mí me gustaría.

—Yo también creo que nos iría bien. Me limpiaría los pensamientos.

—De acuerdo. Voy a cambiarme en el «Rolls».

—No... ¡qué tontería! Mira, ahora todas las casetas están desocupadas. Entra en cualquiera y te cambias a tu comodidad. En esta época del año no hay en la playa ningún problema.

Ella sonrió y entró en una de las casetas. El corazón de Murray latía aceleradamente.

Porque se había dado cuenta de algo. De que entre las maderas de aquella caseta había una ranura de cierta amplitud. Y si él espiaba en aquel lugar solitario, tampoco le vería nadie.

No era la belleza de la mujer lo que le fascinaba. Estaba habituado a ver mujeres bonitas y hasta a poseerlas, aunque no fueran tan preciosas como Lorna. Lo que le agitaba en este momento, lo que le hacía palpitar

desacompasadamente el corazón era una cosa bien distinta.

Necesitaba verla... NECESITABA SABER.

Inclinado sobre aquella rendija, miró mientras ella se quitaba toda la ropa. La claridad del interior de la caseta le permitía distinguirla con tanta perfección como en la platea de un espectáculo de strip-tease. No se perdía detalle.

* * *

Pero no eran las maravillosas curvas lo que excitaba su atención. El buscaba otra cosa, buscaba la marca «situada en un sitio que no se podía ver». ¿Ese sitio era uno de los senos? ¿Estaba quizá entre las piernas? ¿O en una de las nalgas?

Todas aquellas maravillas se mostraron perfecta y nítidamente ante los ojos de John Murray. Aquellos senos altos y erguidos, aquellas nalgas jóvenes, duras y sólidas. Pero la piel de la muchacha estaba perfectamente limpia; no había en ella ni el más leve rastro de una marca.

John Murray suspiró con alivio. Bueno, al menos en eso no había que temer. Ella no era una bruja. Cuando Lorna estaba a punto de terminar con las dos diminutas piezas del bikini, él se alejó de la caseta y fingió estar extasiado en la contemplación del mar. Aquella escultura viviente que era Lorna Fields salió y se situó a su lado.

—Me alegra que hayamos coincidido en las vacaciones aquí —dijo—. Así no nos sentiremos tan solos.

—Es que si no hubiera coincidido contigo, no estaría ya aquí —dijo significativamente él—. Me habría largado al otro lado del planeta.

Y trató de besarla en la soledad de la playa. Ella se escurrió de entre sus brazos como un pez.

—¿Vamos al agua, John?

—De acuerdo; vamos.

—Todo lo veremos distinto después de nadar cien yardas.

—Eso espero —dijo Murray—. Te aseguro que yo, a! menos, lo necesito.

Y se hundieron los dos en las quietas aguas del golfo de México. Aún estaban algo frías, pero por eso mismo tonificaban la piel y calmaban los nervios. Después de nadar juntos unas cien yardas, se detuvieron para mirarse.

—Parecemos los únicos habitantes del planeta —dijo ella mientras braceaba—. Es maravilloso vivir aquí.

—¿Por qué te encanta tanto? Tú has vivido en sitios mejores que éste. Una millonaria como tú, ha conocido las playas más caras del mundo.

Lorna sonrió con cierta nostalgia.

—Todas tienen su encanto —dijo—, y a veces ese encanto no depende para nada del precio de los hoteles que hay al lado. Westboro me gusta.

Y se tendió de espaldas en el agua, cara al cielo, moviendo lentamente los

píes para sostenerse. En tal posición, los pies de la muchacha quedaron casi a la altura de los ojos de Murray.

Y entonces, él lo vio.

Las fuerzas casi le fallaron. Estuvo a punto de hundirse en el agua.

Porque allí estaba la marca, justo en la planta de uno de los pies de la chica. Justo en un sitio «que no era visible».

Allí estaba la cruz de Lorena.

CAPITULO X

Desde una de las ventanas de La Corniche, el teniente Callaghan observaba con unos prismáticos las evoluciones de los dos cuerpos en el agua. Se dio cuenta de que Lorna Fields y John Murray nadaban un poco más, aunque él parecía apelmazado y como cansado. Sólo cuando estuvieron de nuevo en la arena, el teniente retiró los prismáticos de sus ojos.

El sargento Burns vino hacia él.

—Ya está todo listo, teniente —dijo.

—¿Ha quedado completamente limpia la casa?

—Sí. Ya está habitable de nuevo.

—Veremos si Murray quiere volver. Yo, en su lugar, quizá no lo haría.

—Pues es el mejor lugar de la costa. Ya le gustaría a mi mujer tener una casa como ésta, ya... Aunque habría de tener dinero para pagar dos o tres sirvientas.

Y del coche que tiene ese tío, ¿qué me dice? Yo encuentro mucho más elegantes los coches europeos que los que fabricamos aquí.

—Todo es cuestión de apreciaciones —dijo Callaghan—, Bueno, concretemos... ¿No hay ni rastro de las ratas?

—Ni rastro. Todo listo.

—Gracias, sargento. Después del mediodía, vaya al hotel donde ahora se hospeda Murray y dígale de mi parte que puede volver si quiere. Dígale también que pronto le informaré de los resultados de la autopsia del cadáver que fue hallado en la casa.

Y fue a alejarse de la ventana. El sargento musitó:

—Hablando de autopsias... Vi también el informe de la que le hicieron a Lidia Kroner, la mujer muerta en la gasolinera. He visto igualmente los informes de los expertos en huellas. Oiga, Callaghan... No lo entiendo.

—¿Qué es lo que no entiende? ¿La falta de huellas? Es natural. El asesino fue astuto y no cometió un solo fallo.

—No es sólo eso, Callaghan... Quiero decir que nunca habían pasado aquí esas cosas. Westboro era un lugar muy pacífico. Y a esa mujer la mataron casi en plena calle, como si esto fuera Chicago en sus peores tiempos.

Callaghan apretó los labios.

—Quizá sea verdad lo de la maldición —susurró—. ¿Usted cree en las maldiciones, sargento?

—En un sitio como éste, cuesta creer en ellas. Uno siempre piensa que las brujas elegirían para vivir lugares más brumosos y más inhóspitos.

—¿Por qué? —Preguntó el teniente—. A las brujas les gustan para vivir los sitios buenos, igual que al resto de los mortales. ¿O cree que no tienen buen gusto, las muy condenadas? A veces pienso que también leen los folletos turísticos.

Y Callaghan dio media vuelta. Se largó de allí. Había otra serie de ideas

obsesionantes que bullían en su cabeza.

* * *

El automóvil de la agencia turística se detuvo junto a la balaustrada de la playa y de él descendieron un hombre y una preciosa joven de unos veinte años. El iba vestido con mucha seriedad, con corbata y americana, pero en cambio, ella se cubría con prendas muy informales. Usaba blue-jeans, una blusa y una gorra. De su cuello colgaban dos costosas máquinas fotográficas, una de ellas con teleobjetivo.

—Este es uno de los mejores lugares del golfo de México, señorita Brandon —dijo el hombre—. Miles de personas la fotografían al año, pero lo hacen sin gracia y sin arte. Muy distinto de usted, claro. ¿Para qué revista me ha dicho que va a hacer el reportaje?

—Para la revista Home.

—Ah, sí... Home. Mi mujer la compra. Nos escribió su director y nos dijo que la atendiéramos a usted, cuando llegara, para mostrarle los lugares más pintorescos de la costa. Y éste es uno de ellos, señorita Brandon, ¿Qué le parece?

—Magnífico. Es una de las vistas más bonitas con que me he encontrado en mi vida.

Y la muchacha oteó la playa a través de su teleobjetivo. Se notaba que era una profesional por la manera de elegir los enfoques, los encuadres. No buscaba lo que ya había buscado todo el mundo, sino que elegía los aspectos originales, inéditos, esas cosas al parecer sin importancia en las que nadie se fija, pero que dan verdadera calidad a un trabajo fotográfico. Después de gastar unas veinte placas, volvió a enfundar la máquina y explicó:

—La revista quiere que haga una serie de reportajes de todo el golfo, para publicar en verano. Las viejas casas señoriales, las calles tranquilas, los coches de caballos que aún quedan... Me ha enseñado usted muy bien toda la zona, de verdad. Ahora que ya la conozco, empezaré a buscar cosas por mi cuenta. A partir de mañana, por ejemplo.

—¿Tarda mucho en hacer un reportaje de ésos?

—Depende de muchas cosas: de la luz, del estado de la mar, de la gente pintoresca que haya o no haya en las playas... En fin, influye la suerte. Tenga en cuenta, además, que apenas se aprovecha el veinte por ciento de las fotos, aunque todas tengan una cierta calidad.

—¿Las que ha hecho ahora van a servir?

—No creo. Las he hecho solamente para saber cómo «da» la luz en este sitio. Luego las revelaré y observaré los resultados. Bueno, creo que ya podemos volver. En la agencia de la United Press me han dicho que sólo me dejan el laboratorio hasta media tarde.

Bajo un sol que aquel día ya calentaba, tomaron de nuevo el coche y regresaron a Westboro. La muchacha fue a la United Press, se encerró en el

laboratorio y se dispuso a revelar las fotos que había hecho. Quizá alguna podría seleccionar ya, porque había captado un par de buenos detalles inéditos.

Las reveló y las puso en el secador. Las hechas con teleobjetivo le habían quedado sorprendentemente bien. Tomó un par de ellas y las pasó a la ampliadora para ver qué efecto hacían.

Luego las miró complacida.

Eran unas fotos buenas de verdad. Podía decirse que había tenido suerte. Las miró con más atención, buscando los defectos técnicos.

Y de pronto, sus ojos se dilataron de asombro y de miedo a la vez.

Porque fue entonces cuando lo vio.

Estaba allí, en la foto, acechando.

Allí estaba la muerte.

* * *

Mientras sus dedos temblaban, mientras sentía que todo empezaba a dar vueltas en tomo suyo, la joven fotógrafo que había venido por cuenta de la revista

Home para hacer un reportaje de vacaciones, notó que el horror subía como una mano helada por la columna vertebral y le llegaba hasta la nuca. Supo a partir de aquel momento que ella podía morir también. Supo que la muerte acechaba.

Tomó aquella ampliación y salió del despacho. En los pequeños locales de la delegación comarcal de la United Press, sólo había dos empleados a aquella hora. Susan Brandon se dirigió a ellos.

—Necesitaría telefonear urgentemente —susurró—. A la policía.

—¿A la policía? ¿Para qué? ¿Es que alguien ha tratado de meterte mano en el laboratorio, chata?

—¿O es que con la máquina has descubierto una pareja haciéndose el amor en la playa? Eso ya no es tan terrible, Susan.

—A menos que los que estuvieran haciendo el amor fueran el jefe de policía y el subjefe de policía —rió el otro.

Susan Brandon no contestó. Dejó la fotografía sobre la mesa. Uno de los empleados le echó un vistazo.

—Hum... Magnífica chica —dijo.

—Y en bikini —farfulló el otro.

—¿La conoces?

—Me parece que la he visto por aquí. Es una millonaria. Sí... Una pájara que está buena por todas partes, pero además lleva un «Rolls». Seguro. Lo que pasa es que no me acuerdo del nombre.

Susan no escuchaba apenas aquellos comentarios, porque su turbación y su miedo la tenían hipnotizada. Con un hilo de voz, preguntó:

—¿Cuál es el número de la policía?

—Marca el de la oficina central de Teléfonos, el 009, y ellos mismos te pondrán. Pero si se trata de algo relacionado con esa mujer, llama al teniente Callaghan. Estoy seguro de que él la conoce.

—Bien.

La muchacha se puso en comunicación con la policía, pero el teniente Callaghan no estaba en el despacho. Tampoco estaba su ayudante, porque hacían una investigación fuera. De todos modos —le dijeron— si el asunto era muy importante, podía encontrar a Callaghan en La Corniche.

Le dieron la dirección de la casa.

—Voy allá —dijo la muchacha antes de colgar. Como casi todos los periodistas del mundo, tomaba las decisiones rápidamente y hacía las cosas al instante—. ¿Alguno de vosotros me puede dejar su coche?

—Toma, aquí tienes las llaves del mío —dijo uno de los de la agencia—. Es un «Ford Federal» color plata, que encontrarás a la izquierda. Pero cuídalo. Aún no lo he- pagado.

—Gracias.

La muchacha salió.

Llegar a La Corniche no era difícil, porque la magnífica casa se adentraba en la playa y se distinguía desde todas partes. La muchacha dejó el coche en la explanada solitaria, avanzó hacia la puerta de entrada y llamó.

No le contestó nadie. El silencio rodeaba aquella mansión donde imperaba el lujo de otro tiempo, aquella casa que a ella le pareció un panteón rodeado por la bruma. Fue a llamar otra vez, pero entonces se dio cuenta de que la puerta estaba solamente entornada.

»Conteniendo la respiración, la empujó.

Más allá el silencio se espesaba, se hacía compacto y hostil. En el vestíbulo no se distinguía a nadie. Los muebles brillaban quedamente, como si recibieran desde las ventanas una luz maléfica.

La chica llamó:

—¡Teniente Callaghan!

Nadie le contestó. La llamada vibró en las paredes y terminó ahogándose en el silencio de la casa.

—¡Teniente Callaghan! ¿Está ahí?

Otra vez el silencio. La muchacha entró como hipnotizada. Acababa de descubrir un teléfono en una mesita auxiliar y pensaba llamar desde allí a la policía sin más dilaciones. Diría a los patrulleros que viniesen inmediatamente con Callaghan o sin Callaghan, porque necesitaba contarles algo muy importante.

Descolgó. Marcó el 009. Una voz femenina le contestó al instante:

—Oficina telefónica central.

—Señorita, necesito hablar con la policía.

—Un instante. Le pongo ahora.

Se oyó el girar del dial más allá del hilo, pero la muchacha captó también algo más. La muchacha captó también el leve «Chask» de otro teléfono al ser

colgado en un lugar distinto de la casa.

Ella estaba en un aparato auxiliar, de los cuales debía haber varios más repartidos por la enorme casa, todos conectados a la misma línea. Mientras ella hablaba, alguien la había estado escuchando desde otra habitación.

¡Eso significaba que no estaba sola!

¡En La Corniche había alguien!

La muchacha siguió esperando con todos los nervios en tensión. No acababan de ponerla con la policía. Pero entonces captó perfectamente el ruido del teléfono al ser descolgado en otra habitación de la casa. Antes colgaron, ahora descolgaban.

Seguían escuchando.

Y entonces, ella se dio cuenta de que estaba perdida.

Aunque hablase en seguida con la policía, los patrulleros jamás ¡legarían a tiempo de evitar su muerte. Lo que necesitaba hacer al instante era huir de allí. Huir de allí en seguida... ¡Huir!

Colgó.

Fue ansiosamente hacia la puerta exterior, por la que había entrado antes. Aquella puerta debía estar entreabierta, puesto que ella la había dejado así. Pero al llegar frente a esa puerta... ¡se dio cuenta de que estaba cerrada!

Nadie la había podido tocar, sin embargo, porque la estuvo viendo durante casi todo el rato. Y entonces se dio cuenta de que aquella pesada mole de madera se cerraba eléctricamente, mediante un mecanismo que quizá estaba conectado al sistema de alarma. Desde otra habitación de la casa la tenían acorralada, simplemente moviendo botones que ella no podía controlar.

Giró sobre sus tacones.

Estaba aterrada.

Su cara se había vuelto de color ceniza. Unas gotitas de sudor frío aparecían ya en ella.

Miró las ventanas.

Bueno, quizá no todo estaba perdido. Por cualquiera de ellas podría huir. Bastaría con romper un cristal y largarse. Y si los cristales estaban conectados á un sistema de alarma que sonaba en la policía, mejor que mejor.

Se dirigió a una de las ventanas, palpó el cristal y se dio cuenta de que era tan sólido como el de un escaparate. No lo podría romper con las manos, sino que necesitaría aporrearlo con una silla. Pero ése no era problema, porque había bastantes en el vestíbulo.

Tomó una.

Se dispuso a golpear.

Y entonces se dio cuenta de que no llegaría lejos. Su coche, aparcado en la explanada, había desaparecido.

Estaba más perdida que nunca.

El más absoluto terror la dominó. Sus piernas flaquearon. Sus fuerzas fallaban de tal modo, que al primer impacto de la silla, rio logró romper la ventana, y sí solamente astillar el cristal.

Oyó entonces aquella risita lenta.

La risita llenaba la casa, flotaba en el aire.

Parecía como si la difundiese a través de las habitaciones un aparato de alta fidelidad.

Ella se sintió completamente acorralada. Sus ojos desencajados miraron al vacío. Le faltaban fuerzas hasta para levantar la pesada silla.

Pero tenía que haber otras puertas en la casa. Seguro que tenía que haberlas en la parte trasera... Y además, desde allí podría huir por la playa y en caso necesario arrojarse al mar, donde no podrían perseguirla.

El horror le hacía pensar más de prisa que nunca.

Salió del vestíbulo para pasar a otra habitación, buscando siempre la parte trasera de la casa.

Y entonces vio la cara reflejada en el espejo.

Estaba allí.

A su espalda.

La misma cara que había captado el teleobjetivo. Los mismos ojos. Las mismas facciones que volvían desde el fondo del tiempo.

El horror estaba allí.

A su espalda.

La muchacha apenas llegó a distinguir el garfio de carnicero que flotaba sobre su cabeza.

Pero en cambio sintió el terrible, el angustioso dolor.

Aquella punta se le hundió en el cuello.

La arrastró.

Un alarido espantoso llenó la casa mientras las baldosas se teñían de sangre.

La risita sardónica se oyó otra vez.

Llenaba el aire.

Parecía arrastrarse como una sustancia viscosa.

Era igual que la sangre. Era igual que la propia muerte. Era igual que el misterio.

CAPITULO XI

El forense dejó caer la sábana sobre la cara terriblemente blanca y luego miró al hombre que tenía delante. Aquel hombre alto y fuerte parecía, sin embargo, haber envejecido años enteros en unas pocas horas.

—Teniente Callaghan —dijo el forense.

Callaghan apenas le miró.

Sus ojos estaban clavados en el cadáver de una forma obsesionante.

—Como la otra, ¿verdad? —preguntó al fin.

—Sí.

—¿La misma técnica, la misma fuerza...?

—Sí.

Callaghan desvió la mirada confusamente.

—Doctor, ¿pudo hacerlo una mujer? —preguntó con un hilo de voz.

—¿Por qué una mujer?

—No sé; es un pensamiento.

El forense se encogió de hombros.

—Resulta difícil decirlo —musitó—. ¿Hasta dónde llega la fuerza de una mujer? ¿Puede una hembra manejar el garfio con tanta habilidad? Todo es posible, Callaghan, pero eso es algo que debe adivinar usted.

Y se alejó de allí. Sus pasos sonaron cadenciosos en aquel pequeño reino de los muertos. Unas moscas gordas y perezosas se pegaban a los cristales, como buscando su presa, y Callaghan se sintió dominado por un sentimiento de rabia, de asco y de impotencia al mismo tiempo. Apretó los puños de tal forma que sus nudillos quedaron blancos.

Luego, también él salió de allí.

Su cabeza era un volcán.

Los pensamientos se atropellaban en ella. El «por qué», el «qué», el «cómo» eran preguntas que le dejaban sin aliento.

Pero aquella muchacha llegada en nombre de la revista Home había muerto por una razón muy concreta, y él necesitaba averiguar cuál era esa razón. Quizá el contenido de su cámara fotográfica le aclararía algunas cosas.

Fue al pequeño laboratorio que la policía de Westboro tenía en los sótanos del edificio. Un técnico estaba allí, investigando en la máquina, una «Leicaflex» de gran clase, pero cuando vio entrar a Callaghan hizo un gesto de desengaño.

—Nada, teniente —gruñó.

—¿Qué ha pasado con el carrete?

—Se lo llevaron.

—¿Hay huellas en la máquina?

—Sí. Las de su dueña.

—Lo cual quiere decir que el asesino o la asesina usaron guantes para abrir la máquina y sacar el carrete, ¿no?

—Sin duda, teniente.

—¿Llevaba la chica alguna foto de las que había obtenido?

—No, ninguna. Si las llevaba se las quitaron también después de matarla. No nos queda ni una prueba.

Callaghan cerró un momento los ojos.

Sentía vértigo.

A veces pensaba que aquello parecía obra del diablo.

Pero, cuando descendía al terreno de las realidades concretas, se daba cuenta de que a la muchacha la habían matado por algo que captó su cámara, y eso no era obra del diablo. En todo caso el diablo, si es que existía, había quedado impresionado en el filme. Ahora bien, ¿en qué sitios más había estado la reportero con su cámara? ¿Reveló alguna foto? ¿Y dónde?

De pronto, Callaghan tuvo la idea: la delegación de la United Press. Los reporteros acudían a ella porque allí había un buen laboratorio fotográfico.

El teniente gruñó:

—Deje ese trabajo. No vale la pena.

—¿Pero entonces, qué...?

—Es posible que le necesite más tarde. Por si acaso, no se mueva de aquí. Hasta luego.

Y se largó.

Fue a la United Press.

No había nadie allí a aquella hora, pero la .puerta encristalada de la pequeña oficina estaba abierta. Sólo al verla, Callaghan ya se dio cuenta de que alguien había entrado poco antes allí. Quien fuera el asesino, se movía con más rapidez que él y le estaba ganando por unos pocos pasos.

Lanzó una maldición.

Y no necesitó más que dirigir una mirada circular al laboratorio desordenado. Se habían llevado de él todos los clisés y todas las copias, incluso las de las tareas periodísticas de la agencia, para no correr el riesgo de dejar allí algo que fuera importante. Lo habían «limpiado» todo.

Callaghan volvió sobre sus pasos.

Salió de allí mientras pensaba que se estaba enfrentando a una maldición. Mientras sentía como si, detrás suyo, se estuvieran marcando las huellas del propio diablo.

El que de repente tuvo también la sensación de que se estaba enfrentando al propio diablo fue John Murray. Tuvo brutalmente la sensación de estar hundido en lo más profundo del infierno y rodeado por todos los espíritus de la muerte, por todas las sombras del mal.

Allí, en uno de los lugares más hermosos del mundo.

En una fastuosa mansión. En uno de los sitios donde la gente iba a descansar y a divertirse, no a pensar en el Más Allá.

Y sin embargo, todo empezó de la forma sencilla y poco espectacular como suelen ocurrir las cosas terribles. Después de todas las averiguaciones de la policía, una vez le dieron permiso para volver a la casa tras la espantosa

muerte de la periodista, Murray dejó el coche ante la puerta y se dirigió a su dormitorio para recoger unas cuantas cosas. Estaba pensando seriamente en preparar su equipaje y largarse de allí.

Entró en el dormitorio donde antes sufriera la pesadilla de las ratas.

Ahora todo estaba limpio y en orden. Parecía como si la invasión de roedores fuese simplemente eso: una pesadilla. Había momentos en que John pensaba que aquella situación no la había vivido realmente nunca.

Mientras abría uno de los armarios, no se fijó en ningún detalle más. Todo estaba en orden. El ambiente era tranquilo.

Y, de pronto, sus ojos se desencajaron.

Sintió que se le contraía el cuello.

Fue al mirar al tocador. Al clavar los ojos en el gran espejo cuadrado que había sobre el mueble.

En aquel espejo había algo escrito en espantosas letras rojas.

Eran sencillamente unos números y unas letras:

BO-228

Allí terminaba. Daba la sensación de que el número era más largo, pero la persona que lo escribió no había tenido fuerzas para seguir.

El líquido rojo resbalaba poco a poco por el cristal.

Aún no se había coagulado.

Los ojos de Murray se habían desencajado tanto que ahora eran como dos globos blancos. No necesitaba acercarse ni oler para saber perfectamente qué era aquel líquido rojo que aún resbalaba por el espejo lentamente.

Sangre.

Era... ¡SANGRE!

¡Un mensaje escrito allí, en su propia habitación!

Pero no era eso lo que causaba horror a John Murray, ya que el mensaje no tenía en sí nada de terrorífico. Lo que le dejaba sin respiración era un recuerdo que cada vez se iba perfilando en su cerebro con más fuerza.

Porque lo habían reproducido todos los periódicos tiempo atrás.

Porque era una de las escenas más espantosas que en su tiempo pudieron ver los lectores del New York Times, del Washington Post, del Los Angeles Times, del Chicago Tribune. Podía decirse que los únicos periódicos norteamericanos que no la publicaron fueron el Wall Street Journal y el Christian Science Monitor, uno porque se dedica sólo a las noticias financieras y el otro porque no publica nunca las noticias violentas. Pero los talleres de grabado y luego las rotativas de todo el país reprodujeron aquella imagen sencilla y a la vez espantosa en la que una mujer degollada intentaba escribir con su propia sangre, para identificar al asesino. Pero las fuerzas le habían fallado para siempre antes de que pudiera continuar.

Y ahora aquello se repetía en el espejo de su propio tocador.

Era algo alucinante, increíble.

Parecía como si el tiempo hubiese vuelto atrás.

Como si los muertos hubieran salido de sus tumbas... ¡para envolverle a él! ¡Precisamente a él...!

De la garganta de John Murray escapó una especie de rugido. Por primera vez en mucho tiempo sus rodillas parecieron vacilar. Fue hacia el teléfono como un borracho.

* * *

El teniente Callaghan atravesó la puerta. Se le veía tranquilo, sin un ápice de nerviosismo, pero cuando distinguió a John Murray en aquel estado, hizo un gesto de extrañeza.

Murray, de pronto, también hizo un gesto similar.

—¿Cómo ha podido llegar aquí tan pronto, Callaghan?

—Porque estaba en uno de los coches patrulla muy cerca de aquí, y las llamadas urgentes a mi despacho me las pasan directamente al coche. ¿Qué ha sucedido?

Murray respiró hondamente, intentando serenarse.

—Venga —musitó.

Le acompañó al dormitorio, a través del silencio de la casa. Parecía como si los dos atravesaran de pronto un muro de tinieblas. Cuando llegaron al dormitorio, la sangre ya se había coagulado, pero las letras y los números seguían siendo perfectamente visibles en el espejo.

Callaghan barbotó:

—Dios santo...

Porque él también recordaba aquello. Porque era como si, de pronto, las páginas de docenas de periódicos volvieran a abrirse ante sus ojos.

—Primero fueron los buitres, luego las ratas... —balbució Murray—. ¡Y ahora esto! Es para volverse loco... ¡Y AHORA ESTO...!

Callaghan balbució:

—Es sangre...

Se había acercado al espejo. Había olido aquel líquido, aunque sin tocarlo. Su rostro se cubrió de palidez.

—No hace ni diez minutos que alguien ha escrito esto, Murray —balbució.

—¿Y por qué cree que... que tengo miedo?

John Murray lo confesaba, ahora no trataba de negar. Se sentía desconcertado y vencido. Toda su entereza de hombre de mundo se hundía ante cosas que estaban en el Más Allá y que no lograría entender nunca.

—¿Recuerda esto? —musitó Callaghan con un hilo de voz.

—Claro que... que lo recuerdo.

—No hace ni un año que ocurrió —dijo el teniente como si hablara consigo mismo—. Fue aquella rica heredera asesinada en un hotel de Atlanta... Un crimen que nunca se aclaró. Pero lo que supo toda la policía del país fue sencillamente esto: ella, con sus últimas fuerzas, había tratado de

identificar al asesino.

—¿De qué forma? —Balbució Murray— ¿Qué averiguaron ustedes?

—Bueno, yo no pude averiguar nada —dijo Callaghan como si siguiera hablando consigo mismo—, puesto que no intervenía en la investigación. No soy, por decirlo así, más que un jefe de la policía de un pueblo. Pero la cosa estaba clara.

—¿Clara en qué sentido?

—Por ejemplo, si ella hubiese tratado de escribir con su sangre el nombre del asesino es posible que no hubiera conseguido nada. Imaginemos que el nombre era «Sullivan». ¿Cuántos Sullivan hay en los Estados Unidos? Innumerables. Quizá no hubiéramos podido identificarlo nunca. Por eso la chica, que conservaba la inteligencia a pesar de estar desangrándose, intentó simplemente escribir el número de teléfono del asesino o asesina. Lo malo fue que no llegó a terminarlo.

—¿Y qué se averiguó entonces? —preguntó Murray, aun sabiendo que eso no le sacaría de su atolladero.

—Sólo que ese número correspondía, probablemente, a un teléfono de Brooklyn, cuyos primeros números eran los que están escritos ahí. Tengo entendido que la policía pasó los datos a una computadora y la computadora empezó a hacer análisis de todas clases con los sospechosos, pero sin llegar a ningún resultado. La única pista que quedaba era el millón de dólares en joyas que le fueron robadas a la chica, pero también esa pista se esfumó. Las joyas no fueron pasadas a unos revendedores, como se esperaba, o al menos la policía no pudo averiguar nada sobre eso. El resultado fue que se perdieron las pistas.

Añadió:

—Y ahora las mismas letras, la misma sangre están aquí... No puedo creerlo. Tendré que empezar a pensar que, en efecto, en esta casa existen cosas de brujería -

Murray balbució:

—Es absurdo, pero yo también he empezado a creerlo, teniente.

—¿Qué piensa? ¿Que esta casa está maldita?

—Quizá en otro momento me hubiese reído, pero ahora empiezo a pensar que sí.

Sus dedos temblaban ligeramente. Ya no parecía el play-boy audaz, el millonario que había llegado a West- boro un tiempo antes, dispuesto a consumir alegremente las vacaciones de dos años. Ahora algo parecía haberse hundido en él. Mientras abría y cerraba las manos concisamente, balbució:

—Definitivamente, creo que me voy a marchar de aquí. Lo que me contó hace un tiempo acerca de las brujas, y que entonces me hizo reír, es una historia cierta. No puedo aguantar aquí ni un minuto más.

Daba la sensación de que Callaghan tampoco aguantaría demasiado tiempo. Miraba aprensivamente, casi como un obsesionado, la pintura del espejo.

De pronto volvió la cabeza.

—Usted tiene una suerte que yo no he tenido, Murray —dijo lentamente.

—¿Suerte? ¿Qué suerte?

—Está en excelentes relaciones con Lorna Fields. Puede aspirar a casarse con ella.

—Lorna Fields...

—¿Por qué pronuncia su nombre de ese modo?

—No... Por nada

Pero a John Murray aún le atormentaba, aún le obsesionaba aquello que había visto en uno de sus pies. Aún le obsesionaba la cruz de Lorena.

—Más vale que la olvide —farfulló.

—¿Por qué?

—No me haga caso, teniente. Cosas mías.

—Por supuesto que sí. Era un comentario sin importancia. Haga lo que quiera naturalmente. Lo que quiera... —y de pronto pareció obsesionarse de nuevo ante lo que había en el espejo—. En efecto, esto no tiene ningún sentido Son cosas que escapan a los límites de la inteligencia humana. Escuche, Murray.

—Por favor, salgamos de aquí.

Salieron. Una vez en el vestíbulo, el teniente insistió:

—Escuche, Murray, refrésqueme la memoria Los periódicos no publicaron la fotografía de Ellie Moran, esa mujer que murió degollada en un hotel de Atlanta. Hay veces en que todos mis recuerdos se confunden y llego a hacerme un lío. Dígame: ¿publicaron la fotografía?

—No.

—Entonces no vale la pena que busque entre los viejos periódicos, sino que lo mejor será pedir la fotografía al FBI. Creo que lo consideraron delito federal, no estoy seguro, aunque luego el FBI se inhibió del caso. Bien, de todos modos no tiene importancia. ¿Qué va a hacer, Murray?

—Irme. No aguanto más. Me iré hoy mismo.

—¿Se despedirá de Lorna?

—No lo sé.

—¿Qué le pasa con ella?

Callaghan le miraba fijamente. Murray esquivó la mirada.

—¿Qué hay detrás de esa pregunta? —musitó.

—Nada... Puede que sea simple curiosidad. A mí me gusta Lorna Fields, como a todo el mundo, pero en cambio parece como si usted le tuviese... ¿cómo lo diría...? Parece como si usted le tuviese miedo.

Murray meneó la cabeza.

No contestó.

Fue hacia el coche corno un autómata.

Callaghan tendió la mano hacia él, mientras gritaba:

—¡Eh, oiga! ¡Voy a llamar a los técnicos para que analicen la sangre! ¡Se ha de iniciar una investigación y, al fin y al cabo, eso ha ocurrido en su casa!

¿Quiere estar presente?

Pero Murray no le contestó.

Se alejaba con la mirada perdida.

Parecía como si los fantasmas le persiguiesen a través del aire.

CAPITULO XII

Callaghan se metió pensativamente en el coche patrulla del que acababa de salir, descolgó el teléfono y llamó a la jefatura. Quería que, en efecto, una serie de técnicos se encaminaran hacia la casa maldita, porque había trabajo... Dio unas cuantas órdenes breves, colgó y penas lo había hecho cuando sonó el timbrazo.

Volvió a descolgar.

Paciencia.

Lo tenían localizado siempre.

La voz un poco áspera, quizá demasiado chillona, volvió a oírse:

—¡Resultados, Callaghan, resultados! —exigió aquella voz.

Callaghan dijo resignadamente:

—Sí, jefe.

—¿Cómo están las investigaciones?

—Supongo que bien.

—¿Lo supones solamente? ¿Y eso es todo lo que tienes que decir? ¡Demasiados misterios, demasiados enigmas, demasiadas muertes! ¡Dos mujeres liquidadas con garfios de carnicero! ¿Y eso es todo lo que se te ocurre? ¿Decir sencillamente que supones que las cosas marchan?

—Hago lo que puedo, jefe.

—Me parece que vas a tener un buen choque conmigo, Callaghan. Pero además, en seguida. ¡Un buen choque. ..!

Y al otro lado del hilo colgaron.

Callaghan se pasó el dorso de la mano por la boca. Estuvo a punto de lanzar una maldición.

Pero al final se aguantó. A jeringarse tocaban.

De modo que un buen choque...

* * *

El magnífico coche de John Murray se detuvo ante la casa de Lorna Fields y por un momento pareció como si se reprodujese otra vez la alegre publicidad del Playboy. Coches caros, vacaciones, mansiones lujosas, elegantes ropas deportivas... Todas esas cosas que la mayoría de los mortales soñamos pero no tenemos, y que la publicidad asocia a una bebida, un tabaco o un simple dentífrico que sí que están a nuestro alcance. «Entre usted en un mundo de superlujo...». Sí. Soñando se puede entrar en cualquier parte. Y muchos pobres mortales hubieran soñado tal vez en cosas imposibles viendo a aquel joven elegante descender de un coche modelo especial y dirigirse a aquella casa que parecía conservar los sueños de varias generaciones de millonarios. Pero un observador imparcial quizá hubiese notado que Murray arrastraba los pies, que parecían fallarle las fuerzas, que tenía la mirada

perdida.

Poco a poco entró en la casa de Lorna Fields, la dama misteriosa. No había sirvientes a aquella hora. ¿O tenía que haberlos? ¿Qué sabía él realmente de Lorna Fields? ¿Qué sabía de cómo vivía? ¿Qué detalles conocía verdaderamente de su extraña existencia?

Tuvo que reconocer que apenas ninguno, y eso hizo aumentar el cosquilleo que sentía en la columna vertebral. El recuerdo de las brujas galopaba en su mente como una maldición. Atravesó el vestíbulo que tanto se parecía al de su casa, atravesó la biblioteca que también se parecía tanto (a veces tenía la sensación de que eran casas gemelas) y ahogado por el silencio que le envolvía, gritó:

—¡Lorna! ¿Estás ahí, Lorna?

El silencio volvió a ahogarle. Era espeso, inalterable, asfixiante casi.

—¡Lorna!

La voz dijo entonces a su espalda, con infinita suavidad:

—¿Me buscabas a mí, John?

El se volvió.

Sí. Era la voz de Lorna.

Pero cuando pudo verla, cuando la tuvo frente a él, cuando sus ojos recortaron aquella figura fantasmal, de los labios del hombre escapó un grito de horror.

Otra vez le fallaron las rodillas.

Otra vez sintió que las fuerzas le abandonaban, que todo se hundía.

Porque la mujer que estaba junto a él tenía la voz de Lorna, pero no era Lorna.

Era... ¡la que escribió el mensaje nueve meses antes en un hotel de Atlanta!

¡La que tenía el cuello desgarrado! ¡La que usaba para escribir su propia sangre!

¡LA MUERTA!

CAPITULO XIII

De la garganta de John Murray escapó una especie de chirrido gutural, como si las piezas no encajasen. Sus ojos se desorbitaron. Con voz trémula balbució:

—Es imposible... ;No puede ser! ¡NO PUEDE SER!

Pero ella no se movió. Ella dijo con voz tranquila, suave, lejana:

—¿Es que te acuerdas de mí, John?

Los dedos de John Murray volvieron a temblar un momento, pero ahora había en ellos una especie de frenesí, una decisión, una fuerza. Hizo un rápido gesto con el brazo, tirando de la manga derecha, y de ella resbaló para llegar hasta la mano., ¡un objeto curvo de metal! ¡Una horrible arma de punta afilada! ¡Un garfio de carnicero ..!

Sonó un grito gutural.

John Murray lo alzó.

Su gesto fue instantáneo, brutal.

Estuvo a punto de segar con el garfio la garganta de la muchacha, que apenas había podido hacer un gesto para saltar hacia atrás.

La cara de Murray había cambiado.

Sus labios estaban torcidos en una mueca inhumana. Sus ojos se desencajaban. De su boca brotaba una espuma amarilla.

Al ver que había fallado, lanzó el garfio otra vez. Un silbido siniestro rasgó el aire.

Pero aquel silbido no fue sólo producido por el movimiento del garfio. Fue también producido por algo más. Por ejemplo por aquella especie de maza, por aquel implacable puño de hierro que de repente se abatió sobre la mandíbula de John Murray.

Este giró sobre sí mismo.

Tenía la sensación de que le habían roto todos los huesos de la cabeza.

La enorme lámpara del techo dio una vuelta en torno a sus ojos.

Otro silbido.

Otro golpe demoledor.

Su cerebro se convirtió de pronto en una campana loca que sonaba, sonaba, sonaba... Un espantoso vacío se hizo entonces en él. John Murray dio una vuelta sobre sí mismo y se estrelló contra la pared.

Vio entonces al hombre que acababa de golpearle.

Parecía un gigante.

Una mole.

Nunca Murray se había dado cuenta de hasta qué punto era fuerte y alto el teniente Callaghan.

Callaghan le miraba con desprecio.

Con asco.

Su voz pareció un insulto cuando dijo:

—Esa era la prueba que esperábamos, Murray.

—¿La prueba de... de qué?

—Ese garfio es igual que el que empleaste para acabar con tus dos últimas víctimas en esta misma ciudad.

—Te... tendrá que probarlo.

—No será nada difícil, pero hay algo más, Murray.

—¿Qué?

—Tú no habías visto nunca, no debieras haber visto nunca, a la chica que fue degollada en un hotel de Atlanta Los periódicos reprodujeron el espejo escrito con sangre, pero no la cara de la muerta. Tú mismo me lo dijiste hace poco. Que nunca la habías visto.

—¿Y..., y qué?

—Sencillo, Murray. La has reconocido ahora. Hay varios testigos ocultos en esta habitación y todos declararán ante el jurado. ¡La has reconocido! Por lo tanto, si no la habías visto nunca ni la fotografía apareció en los periódicos, ¿por qué tenías que reconocerla? ¿Cuándo la viste? ¡Sencillamente! ¡Al degollarla!

Las palabras eran un trallazo, una acusación. Eran una serie de golpes que iban torturando el cerebro de Murray, pero éste no se dio por vencido aún. Había tantas cosas que no entendía, que todo le seguía pareciendo fantasmagórico. Y eso le daba posibilidad de defenderse.

—¡Pero ella no es Ellie Moran! —gritó—. ¡Ellie Moran no puede estar aquí!

—Claro que no, amigo. No puede estar aquí porque tú la mataste. Pero si es esa duda la que te atormenta, tienes derecho a una explicación.

E hizo un gesto. La preciosa muchacha que tenía frente a él se quitó el maquillaje con un paño húmedo, empapado además de crema especial. Lo que habían hecho con su cara era una obra perfecta. Claro que ya antes se parecía algo a Ellie Moran, pero lo conseguido por el maquillaje resultaba sencillamente asombroso. Al recobrar su aspecto normal, ya no fue la misma.

Murray balbució:

—No puede ser...

Estaba a punto de quedarse sin habla. Sus manos volvían a temblar.

—Te extraña ver a si a Lorna Fields, ¿verdad? —preguntó Callaghan.

—Ella es..., es... una cochina bruja...

—¿Por qué dices eso, Murray?

—Sencillo: vi en la planta de uno de sus pies la cruz de Lorena...

—Lo de la cruz de Lorena fue un invento mío, Murray. Nada tiene que ver esa cruz con las brujas, por supuesto. Y si la viste en la planta de un pie de Lorna fue sencillamente porque nosotros mismos la imprimimos en la plantilla de uno de sus zapatos, de forma que normalmente, al calzárselo, se reprodujera en la planta de su pie... Por descontado que ella lo sabía. Fue la trampa menos complicada de todas las que hemos tenido que montar aquí.

Murray barbotó:

—¿Montar? ¿Trampas...? ¿Qué dice?

—Claro, Murray. No imaginarás que todo esto ha ocurrido por puro milagro. En primer lugar hubo que contratar a dos verdaderos expertos en el dominio de animales, dos profesionales que saben dominar a según qué especies mediante ultrasonidos o mediante olores, de modo que buitres y ratas, por ejemplo, se dirijan automáticamente hacia donde se les ordena.

—Bu... ¿buitres?

—Sí. Los que viste sobre tu cabeza.

—¿Estaban... amaestrados?

La cabeza de Murray parecía a punto de estallar. Había llegado al límite de su resistencia. Le era difícil incluso ponerse en pie.

—No, no estaban amaestrados —dijo Callaghan—, porque eso hubiera sido casi imposible, pero estaban dirigidos mediante ultrasonidos y olores. Lo que hicieron en la carretera los buitres y lo que hicieron en la casa las ratas estuvo todo preparado para que tú lo vieses.

—¿Preparado? ¿Pa... para qué?

—Para que encontraras de nuevo a tus propias víctimas —continuó implacablemente Callaghan—. Para que cometieses un acto irracional, para que perdieras los nervios del todo, para que te delatases tú mismo en unos crímenes sobre los que no podíamos probarte nada. Viste a tus víctimas otra vez, a pesar de que ya estaban enterradas, pero no se trataba de restos humanos, sino de materia plástica perfectamente hecha, ya destruida en parte, y hacia la que ratas y buitres se sentían atraídos por el olor. De ese modo, tú te encontraste de nuevo frente a tus muertos. De ese modo pensamos hundirte en un mundo de locura que te acabaría delatando.

La mandíbula de Murray temblaba. Todo aquello le seguía pareciendo imposible. Con voz que no parecía la misma, balbució:

—Pero yo alquilé La Corniche normalmente .. Yo...

—Nos pusimos de acuerdo con el dueño y logramos que bajara mucho el precio para que tú alquilaras precisamente esta casa. Era la que más convenía para nuestros planes. También estropeamos la capota de tu coche para que no pudieras subirla cuando los buitres volaban por encima tuyo con la cabeza. La sangre, por supuesto, no era sangre. Te dijimos luego que sí, pero no era cierto. Se trataba de un líquido que nuestros químicos habían preparado con gran perfección, a base de hemoglobina.

Y con una sonrisa estrecha, atravesándole con sus ojos acerados, Callaghan continuó:

—También pusimos en esta biblioteca la colección de Los Angeles Times, para que vieras el retrato de Ted Bucler, muerto dieciocho meses antes, y al que tú asesinaste después de una hábil combinación de seguros que lograste cobrar. Del mismo modo hicimos desfilar por delante de tus ojos a una mujer extraordinariamente parecida a Lena Wins, y a la que tú mataste para robarla después de jurar que te casarías con ella. Lo mismo que pensabas hacer con una rica heredera como Lorna Fields, porque las ricas herederas se estaban

convirtiendo en tu especialidad... ¿Hubieras venido a este sitio si no llegas a saber que Loma Fields, una presunta víctima fácil, estaba cerca?

Murray negó con la cabeza.

Todo empezaba a estar siniestramente claro para él.

Callaghan le apuntó con un dedo mientras barbotaba:

—Pero estuviste a punto de caer dos veces, hijo de perra, porque encontraste aquí casualmente a dos personas que te podían identificar: la mujer a la que mataste en la estación de servicio y la periodista que te sacó en una fotografía, con teleobjetivo, cuando estabais en la playa Lorna y tú. Eran personas que podían acusarte indirectamente de los crímenes, que ya habían perdido tu pista y que de pronto te vieron.

»Pero en este lugar pequeño, tú también te diste cuenta de que algo sucedía y pudiste actuar antes de que nosotros interviniéramos. Nos ganaste por mano las dos veces, ya que estábamos bien lejos de sospechar lo que ocurría realmente. Pero al final has caído en la trampa, Murray, maldito. Has caído al final en manos de la mujer a la que querías acabar asesinando. Aunque quizá debas saber algo más: que ella no es millonaria ni se llama Lorna Fields. Ella es…

Callaghan no pudo terminar la frase. De pronto, como un loco, como una fiera rabiosa, como un poseído por los diablos, John Murray se había lanzado hacia una de las ventanas, tratando de romperla con su peso y huir. Entre un estrépito infernal, porque los cristales eran de gran solidez, logró sacar medio cuerpo fuera y quedó colgado, con las piernas dentro de la habitación, mientras las aristas de los gruesos cristales le atravesaban el cuerpo de parte a parte, como si fueran lanzas. Al intentar moverse, Murray se los clavó aún más. Su terrible grito de dolor y de muerte rompió la quietud de! aire.

El propio Callaghan y otros dos agentes corrieron hacia allí, pero ya era inútil. A Murray parecían haberle atravesado varias espadas a la vez. El chorro de sangre —esta vez sangre auténtica— teñía de rojo hasta el exterior de la casa.

El teniente musitó;

—Es inútil. Habrá que avisar a una ambulancia para que lo saquen después de desmontar los cristales. Ese hombre tiene el cuerpo deshecho.

Eran los mismos cristales que no pudo romper la periodista. Los mismos que la impidieron huir y la encerraron en aquella especie de reino de la muerte. Ahora destrozaban como puntas de acero el cuerpo de John Murray.

Después de avisar a la ambulancia, salieron todos de allí. Nada más tenían que hacer en aquella habitación. Los patrulleros fueron hacia el coche que esperaba junto a la playa.

Callaghan y la mujer quedaron sol0s. El silencio, la calma, les envolvían otra vez. Era aquella quietud mágica, casi transparente, y sin embargo, misteriosa, del invierno en el golfo de México.

Entonces ella dijo con voz ronca:

—Ya te advertí por teléfono que tú y yo íbamos a tener un choque muy

serio, Callaghan.

El contestó sumisamente:

—Sí, jefe,

Y la abrazó con todas sus fuerzas.

¡Vaya si tuvieron un «choque»!

Un poco más y ruedan los dos por tierra.

FIN